

¡AMENAZA EN ORBITA!

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

¡AMENAZA EN ÓRBITA!

Título Original: *¡Amenaza En Órbita!*

Colección: La Conquista Del Espacio 346
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.74

CAPÍTULO I

La situación de Monte Trafford en aquellos momentos no era demasiado boyante.

Después de una carrera rápida y fulgurante, en la que había escalado posiciones muy altas y cuando el porvenir se le presentaba lleno de risueñas perspectivas, había, como vulgarmente se dice, metido la pata, por lo que, mucho más rápidamente que había subido, se había visto en la calle.

A sus treinta y cuatro años, con la salud de un toro joven, no se podía decir que el futuro se presentase envuelto en rosadas nubes, sino todo lo contrario. Tras seis meses de cese, sin encontrar trabajo en absoluto, Trafford se hallaba en las inmediaciones de la ruina más completa.

Aquella noche había ido a visitar a un amigo, a quien había hecho grandes favores en el pasado y del que esperaba mucho. Cuando terminó la entrevista, se tocó la nariz con la mano, extrañándose de encontrarla en estado normal.

—Si lo que ha hecho ese bribón es pegarme con la puerta en las narices, ¿cómo es que no están hinchadas?

Ciertamente, no faltaban empleos: limpieza pública, conductor de helibús, mozo tras la barra de alguna taberna, botones de hotel…, pero Trafford no quería aceptar ninguno de dichos empleos, no porque los juzgase indignos de un hombre de su categoría, sino porque se vería en la necesidad de sujetarse a un horario fijo.

Y acudir todos los días, a un mismo sitio y durante un período determinado de tiempo, era algo que le causaba escalofríos.

Pero si las cosas seguían así, no tendría otro remedio que aceptar cualquier empleo.

En los últimos días, sin embargo, había pensado en una solución:

vender su cabaña de recreo en las montañas. Le habían pasado el primer aviso para los impuestos del año y no había podido pagar. Ya había vendido su aeromóvil particular, pero vender la cabaña se le antojaba demasiado fuerte.

Resistiría, se propuso, mientras caminaba melancólicamente con las manos en los bolsillos de su mejor traje, que, por casualidad, también era el último.

La residencia del amigo de quien tanto había esperado y en donde había recibido una de las mayores decepciones de su vida, estaba bastante alejada del centro de la capital. Trafford tenía aún algunas monedas en los bolsillos, pero no quería despilfarrar parte de su menguado capital en un billete de helibús.

—El ejercicio no hace nunca daño, si se practica moderadamente —rezongó, pensando que, precisamente, la práctica constante de toda clase de ejercicios físicos le había servido para escapar de un marido celoso, chapado a la antigua y poco dado a solucionar conflictos de honor por medio de los tribunales. Así había podido escapar, corriendo a tal velocidad, que el marido burlado aún debía de preguntarse si había visto a su esposa en la cama con otro individuo o se trataba sólo de un mal sueño.

De repente, cuando ya llegaba a las primeras casas de la capital, aunque todavía en un barrio periférico, dos sujetos le salieron al encuentro.

Uno de ellos tenía en la mano derecha una corta matraca, forrada de cuero, con núcleo de plomo. El otro se limpiaba las uñas ostentosamente con una navaja automática de veinte centímetros de largo.

—El caballero, sin duda, querrá socorrer a dos pobres hambrientos —dijo el de la porra.

—Tengo nueve hijos y no hacen más que clamar: «Papá, pan; papá, pan…» El corazón se me parte de angustia al ver que ni siquiera puedo darles pan —dijo el de la navaja.

—Mi mujer, mi suegra y mis tres cuñadas tienen que salir a la calle por riguroso turno —añadió el otro—. Sólo hay un vestido en casa para las cinco; las que no salen, tienen que taparse con viejas mantas.

—En cuanto a mí, poseo un pequeño terreno a unos cien kilómetros de la ciudad, pero los estómagos de mis hijitos no pueden esperar a que siembre el trigo, que madure, que lo siegue, que haga harina, que encienda el horno y ponga el pan a cocer. Serían demasiados meses,

compréndalo, caballero.

Trafford miró a los dos individuos de hito en hito. Poseían un evidente sentido del humor, pero también se les veía resueltos a darle un disgusto si se resistía al despojo.

—Oh, cuánto lo siento, amigos míos —dijo—. Precisamente ahora regreso del Orfelinato estatal. El corazón se me partía al ver tantas criaturas que extendían sus bracitos hacia mí y pronunciaban la maravillosa palabra: «Papá, papaíto querido…» Me he enternecido tanto, que allí mismo les he dejado mi fortuna.

El de la porra se quedó parado unos instantes.

—Conque vuelve del Orfelinato…

—Sí, suelo ir con frecuencia. El noventa por ciento de los niños allí recogidos son fruto de mi inconstancia y mi desaprensión hacia las mujeres que me entregaron lo mejor de su amor. ¿Qué quieren que le haga, muchachos? Uno, a pesar de todo, no tiene malos sentimientos y ha de pensar en los descendientes…

—No le creo una sola palabra —rezongó el de la navaja.

—Apostaría algo a que usted tampoco vive con cinco mujeres. ¡Rayos: esposa, suegra y tres cuñadas! ¡El mismísimo infierno! —exclamó Trafford.

—En el Orfelinato hay seiscientos niños. No irá a decirme que quinientos son hijos suyos —dijo el de la porra.

—Y usted, ¿tiene nueve hijos en casa?

—Bueno, bueno, basta ya de broma. Nos hemos divertido bastante, así que al trabajo —exclamó el tipo de la porra—. Vacíe los bolsillos.

—O le vaciaremos las tripas —añadió su compinche.

—Está visto que ya se ha terminado la sesión de humor —suspiró Trafford. Todo su capital no llegaba a los veinticinco «áureos» en aquellos momentos y no estaba dispuesto a consentir que un par de rufianes desaprensivos le dejasen los bolsillos vacíos.

El de la porra se dispuso a golpear. Alzó la mano, pero, en el mismo momento, su matraca se convirtió en un hermoso ramo de crisantemos.

Su compañero no se había percatado todavía de lo ocurrido. Alargó la mano derecha, pero, de pronto, la hoja de acero se dobló fláccidamente, como si fuese de simple papel.

Trafford parpadeó. ¿Qué sucedía allí?

El de la porra alzó los ojos y vio que mantenía en alto un enorme ramo de flores. El otro agitó la navaja, como si quisiera que el acero recobrase de nuevo su primitiva rigidez.

Súbitamente, crisantemos y navaja se convirtieron en dos coléricas serpientes, de más de un metro de largo, que silbaban furiosamente, revolviéndose contra los hombres que las sujetaban por la cola. Los ladrones, aterrados, incapaces de comprender aquel extraño fenómeno, soltaron los reptiles, dieron media vuelta y echaron a correr.

En cambio, Trafford, pasmado, se quedó en el mismo sitio, porque no estaba seguro de hallarse despierto o bajo el influjo de una pesadilla.

Las serpientes, en el suelo, se reunieron y fundieron en una sola, en fracciones de segundo. Luego, como por arte de magia, una hermosa muchacha apareció ante los ojos de Trafford.

—¡Hola! —dijo la chica alegremente—. Te he salvado de una buena, ¿eh?

* * *

Trafford contempló a la chica con ojos incrédulos. «¿De dónde había salido?», se preguntó.

Aparentaba poco más de veinte años y era muy alta, casi tanto como él, lo que la hacía parecer más delgada de lo que era en realidad. Sin embargo, la blusa de tejido plateado que llevaba estaba lo suficientemente ajustada como para permitir apreciar las curvas gemelas de una inequívoca feminidad.

El resto de su indumentaria consistía en unos pantaloncitos cortos, del mismo tejido, y sandalias de medio tacón, sujetas por largos cordones a unas esbeltas pantorrillas. En torno al delgado talle, llevaba un cinturón negro, de unos diez centímetros, con una historiada hebilla y una especie de carterita en el lado izquierdo.

—Bien, ¿qué te pasa? —exclamó ella—. ¿Has perdido el habla? ¿O eres mudo?

—Me has dejado mudo, que no es lo mismo —contestó al fin Trafford—. ¿De dónde has salido?

—Soy una turista. Tu planeta me gusta mucho.

—Oh, una turista… Ah, no eres de la Tierra.

—No. Soy de Bnatón.

—¿Cómo? Jamás he oído el nombre de ese planeta…

—Pues existe y yo soy bnatoniana. A propósito, ¿vives muy lejos de aquí?

—Veinte manzanas… Oye, dime, ¿cómo has hecho esos trucos? Si has empleado la sugestión, es indudable que posees una mente muy

poderosa.

—Eso es cierto, tengo una mente poderosísima —admitió ella sin rebozos—. Pero lo que has visto no es sugestión, sino realidad.

—Oh, vamos, vamos, no pretendas tomarme el pelo…

—Te aseguro que hablo en serio. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Monte Trafford. ¿Y tú?

La chica se echó a reír.

—Tendrás que abreviar mi nombre. Es larguísimo —dijo—. Bien, para recompensarme, ¿no me invitas a una copa en tu casa?

Trafford la miró con recelo. Aquella muchacha poseía una desenvoltura natural muy agradable, pero, al mismo tiempo, podía formar parte de una comedia destinada a…

—Si quieres, ven a mi casa, pero te advierto que estoy sin blanca.

—¿Qué es blanca? Ah, sí, un color…

—En este caso, significa que no tengo un centésimo en los bolsillos. Vamos, que estoy arruinado.

—¡Pero yo no te pido dinero! Sólo quiero una copita, un poco de charla y luego me iré sin más. Es decir, si me invitas, Monte.

—Claro que te invito. No soy desagradecido —manifestó Trafford—. La verdad es que, cualquiera que haya sido el truco empleado, me has salvado de un grave aprieto.

—No seas optimista. Sigues tan apurado como antes.

Ella echó a andar. Trafford, después de unos instantes de perplejidad, se situó a su lado.

—Oye, ¿qué es lo que tratas de decir? —preguntó.

—Conservas el poco dinero que tenías, pero tus perspectivas son más bien fúnebres. —Ella se volvió hacia su forzado acompañante—. Lo siento, no pude evitar penetrar antes en tu mente. Prometo que no volveré a hacerlo, pero la curiosidad femenina…

Trafford se pasó una mano por la cara.

—Dentro de unos minutos me despertaré y veré que todo esto ha sido un sueño —exclamó.

La chica lanzó una alegre carcajada.

—¡Estás despierto, hombre! —exclamó.

* * *

Trafford contempló melancólicamente la botella bastante menos que

mediada. Era todo cuanto le restaba de su en otros tiempos, bien provisto bar. Llenó dos copas y ofreció una a la chica.

—Salud —dijo.

—Salud —contestó ella. La luz de la lámpara se reflejaba en sus cabellos negros y los hacía parecer azulados en ocasiones—. Tienes una casa muy bonita —añadió.

—Dentro de nada, tendré que dejarla. Ya no puedo pagar la renta.

—¿Estás sin trabajo?

—Sí.

—¿Te despidieron?

Trafford hizo una mueca.

—Algo por el estilo. Pero todavía no me has dicho cómo te llamas —exclamó.

—Ah, sí. El nombre completo es… Te costará mucho pronunciarlo, Monte —advirtió ella.

—Vamos, suéltalo ya.

—Está bien, no te quejes luego. Me llamo Bbindwxyngwilzkvbwnydnie.

—¡Atiza! Eso es impronunciable…

—¿Lo ves? Ya te lo dije, Monte. A menos que conozcas mi idioma, y es terriblemente enrevesado, no podrás pronunciar mi nombre con facilidad.

—Pero se puede abreviar, como hacemos a veces en la Tierra —sugirió él.

—Hombre, no es mala idea. ¿Cómo lo abreviarías tú?

Trafford meditó unos instantes, mientras se esforzaba por recordar aquella endiablada serie de letras. De pronto, chasqueó los dedos.

—¡Ya está! ¡Te llamaré Binnie!

La chica palmoteó, entusiasmada.

—Me gusta —dijo—. Brindemos otra vez por mi nuevo nombre.

—Lo siento, ya no queda whisky.

—¿Estás seguro, Monte?

Trafford volvió la cabeza. Parpadeó de asombro.

La botella aparecía llena.

—Pero ¿qué demonios…?

Binnie alargó su vaso.

—Vamos, échame dos deditos —pidió.

«Estoy soñando, estoy soñando», se repitió él mentalmente una y

otra vez.

Había vaciado la botella para los dos tragos anteriores. Ahora, de repente, estaba llena… ¿Qué diablos…, qué diablos era aquella chica tan atractiva que tenía frente a sí?

—Monte, quiero ayudarte —dijo Binnie de pronto.

—¿Cómo?

—Estás arruinado. Bien, eso se puede evitar fácilmente. Mira a tu derecha…

Trafford volvió la cabeza maquinalmente. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios en el acto.

Sobre la mesita que había frente al diván, brillaba un pequeño fajo de billetes de papel aurificado. Trafford vio que cada billete, y no había menos de una docena, era de cien áureos.

—Binnie, eso no me gusta —dijo—. No quiero tu dinero.

—Vamos, hombre, no seas orgulloso. Estás en un apuro…

La chica se interrumpió repentinamente. Trafford la contempló con interés.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

De súbito, Binnie se puso en pie.

—Me persiguen. ¡Adiós, ya nos veremos! —exclamó.

—Pero, Binnie…

Trafford se quedó con la palabra en la boca. De pronto, se encontró solo en su casa.

Durante unos segundos, sopesó cuál de las dos decisiones le sentaría mejor: una ducha fría o la botella.

Eligió la botella.

CAPÍTULO II

Despertó por la mañana con la cabeza aturdida y la lengua espesa. Lo primero que hizo fue meterse bajo la ducha, Luego fue a la dispensadora de alimentos, con dos tabletas de aspirinas en la mano izquierda. Al presionar el botón de puesta en marcha, apareció una luz roja, sobre un cuadrante iluminado, en el que se veían unas letras: «Déficit de 10,33.»

Suspiró, mientras buscaba las monedas, que depositó en la ranura. La luz roja se apagó y se encendió la verde. Entonces, pudo presionar la tecla correspondiente al café.

Unos minutos después, empezó a sentirse mejor. De súbito, recordó todo lo que le había sucedido la noche anterior.

«Fue un sueño», se dijo.

Pero los billetes de cien áureos estaban allí, sobre la mesita. Y él sabía muy bien que antes de ir a visitar al amigo, que luego había resultado no serlo, sólo tenía unos veinticinco áureos.

Entonces, ¿Binnie era un ser real? ¿Una mujer de carne y hueso?

Tomó los billetes y los movió con el pulgar. No, no se trataba de una falsificación. Eran billetes auténticos, de cien áureos cada uno. Considerando que su sueldo mensual no pasaba de los quinientos, tenía en las manos y en sus actuales circunstancias una pequeña fortunita.

Durante un buen rato, permaneció perplejo, sin saber qué pensar de todo lo ocurrido. El asalto de los ladrones humoristas, las transformaciones de sus armas…, la botella que se había llenado repentinamente y aquel dinero…, ¿qué era, qué significaba todo?

El café y las aspirinas habían hecho ya sus efectos y empezó a sentir apetito. Fue a la máquina y metió una moneda de diez áureos. Luego marcó más café, tostadas y un par de huevos con jamón. Cinco minutos más tarde, con una bandeja sobre las rodillas, estaba sentado frente al

televisor. Le gustaba enterarse de lo que pasaba en el mundo mientras desayunaba.

Escuchó las noticias, no obstante, sin demasiado interés. Pero una de ellas, de pronto, llamó su atención:

«Continúa el misterio a bordo de la "Retriever XXVII" —dijo el locutor, mientras la pantalla mostraba una vista en primer plano de una colosal nave del espacio, orbitando en torno a la Tierra, que se veía a lo lejos, brillando azul y blanca en el negro espacio—. Tres investigadores han sido enviados ya y ninguno de ellos ha vuelto para aclarar el enigma de una nave cuya tripulación, compuesta por más de cuatrocientos miembros de ambos sexos, ha desaparecido por completo, después de su viaje de exploración por el sector galáctico "Gamma 6". El último investigador sólo pudo enviar un breve mensaje que decía: "La nave está desierta. Ahora veo… ¡Oh, Dios mío, esto es horrible! ¡No se puede describir con palabras!" Después lanzó un vivísimo grito de terror y su voz se apagó…»

De pronto, llamaron a la puerta.

Trafford maldijo porque no le iban a permitir escuchar el resto de la información. Dejó la bandeja a un lado y se puso en pie.

Cruzó la sala para abrir. Dos hombres aparecieron ante su vista en el acto, tan idénticos que, por unos instantes, llegó a pensar que eran gemelos. Pero si las vestiduras eran idénticas, los rostros, sin embargo, se diferenciaban bastante, aunque el color del pelo, rojizo, era muy parecido en los dos.

La indumentaria de aquellos sujetos era similar a la de Binnie. Sin saber por qué, Trafford adivinó que sus visitantes tenían alguna relación con la locuaz muchacha.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —preguntó, cortés.

—Buscamos a una mujer —dijo uno de ellos con voz engolada.

—Se llama…

Por segunda vez, Trafford oyó de labios del segundo individuo aquel larguísimo y enrevesado nombre.

—Ah, ustedes están hablando de una chica muy bonita, de pelo negro, silueta escultural y rebosante de simpatía.

—Sí.

—Tiene unos veintidós años.

—Más o menos.

—Y viste como ustedes.

—Exacto.

—Pues lo siento, pero no la he visto.
—¿Cómo? —respingó uno de los visitantes.
—Pero si la ha descrito maravillosamente —exclamó el otro.
—Ante todo, caballeros, ¿quiénes son ustedes? —preguntó Trafford —. Por favor, den los nombres abreviados; será más cómodo para todos.
—Yo me llamo Rochester.
—Mi nombre es Franwoo.
—Encantado, caballeros. ¿Puedo saber para qué buscan a Binnie?
—¿Binnie? —repitió Franwoo.
—Sí, la misma. Yo la llamaba así. Es un nombre más agradable de pronunciar.
—Antes dijo que no la había visto —gruñó Rochester.
—Era sólo una broma —rio Trafford—. Vamos, díganme, ¿por qué la buscan?
—Está perseguida por la ley.
—¡Caramba! No será una ladrona, supongo.
—Los motivos de la reclamación son reservados —dijo Franwoo.
—¿Son ustedes policías? —preguntó Trafford.
Rochester y Franwoo cambiaron una mirada.
—Sí —dijo el primero.
—A ver, su documentación —exigió Trafford.
De pronto, los dos sujetos parecieron sentirse muy incómodos.
—¿Lo hacemos? —murmuró Franwoo.
—No —contestó Rochester—. No podemos hacer lo mismo que ella. O no tendría sentido la acusación.
—Es cierto. Señor Trafford, le rogamos nos dispense. Adiós.
Trafford se quedó solo, completamente desconcertado por aquella insólita visita. ¿Qué habían querido decir Rochester y Franwoo con sus últimas palabras? No podían hacer lo mismo de lo que era acusada Binnie…
Le hubiera gustado ver a la muchacha, pero el caso era que no tenía la menor idea del lugar en que podía hallarse.
Pasados unos minutos de duda, fue hacia el televisor, apretó un botón y dijo:
—Repetición completa del noticiario de las ocho cuarenta y cinco.
Luego se sentó en una butaca. Quería oír completa la noticia referente a la nave espacial «Retriever XXVII».

* * *

Por la tarde salió y cambió uno de los billetes de cien áureos, mediante la compra de algunas prendas de ropa. No hubo dificultad en el vendedor en aceptar el billete.

El gasto ascendió a treinta y ocho áureos. Trafford pensó que tenía suficiente para cuatro o cinco días, antes de cambiar otro billete. Por cierto, antes de que acabase el mes, tendría que ingresar dinero en el Banco para pagar la renta del piso o se iniciaría la acción judicial de desahucio. Debía ya tres meses y el gerente de la inmobiliaria dueña del edificio le había manifestado, cortés, pero firme e inapelable, que no pensaba concederle un solo día más de prórroga.

Trafford sabía muy bien a qué se debía aquella actitud. El gerente era íntimo amigo del marido burlado. «Cualquiera diría que le engañé con su esposa», pensó, disgustado.

Tres días más tarde, decidió ir al Banco, para ingresar parte de su pequeña fortuna y saldar la deuda.

Cuando ya llegaba a su punto de destino, se encontró con una hermosa mujer.

—Hace unos momentos estaba pensando en que te había tragado la tierra —dijo Helena Westbury, a la vez que alargaba su mano.

—Casi —rio él—. Helena, estás guapísima.

—Viniendo de ti, ese elogio me llena de orgullo. Es el elogio de un entendido, me parece.

Trafford sonrió. Helena era una mujer muy hermosa, de cabellos pajizos, ojos claros y silueta llena de abundantes encantos. Helena siempre decía que era viuda, pero nadie había conocido jamás a su esposo. Tampoco nadie conocía la fuente de sus ingresos, cosa que resultaba un tanto extraña, porque se sabía positivamente que no se dedicaba a ganar dinero vendiendo su cuerpo.

Lo cual no significaba que, de cuando en cuando, no tuviese algún capricho. Trafford lo había sido durante una temporada. Luego, el trabajo les separó y ahora llevaban casi un año sin verse.

—Me enteré de lo que te sucedió —dijo ella,

—Fue una desgracia —contestó Trafford.

—Me hubiera gustado mucho verte saltar por la ventana, con las ropas en la mano —rio Helena—. ¿Cómo pudiste ser tan imprudente, Monte?

—La vida, a veces, da muchas sorpresas. Y, por otra parte, en esta

ocasión, fui yo el seducido, aunque te cueste creerlo.

—No me cuesta nada creerlo. La conozco bien. Es una nueva Mesalina.

—Vaya —resopló Trafford—. Y yo que creía…

—Es como aquella emperatriz romana, que no tenía bastante con el esposo y se iba por las noches a los prostíbulos de la Suburra. Al amanecer, según cuenta Suetonio, se retiraba cansada, pero no satisfecha.

—En este mundo recibe uno muchos chascos —dijo él filosóficamente—. Pero es que no se puede prever todo…

—Monte, ¿por qué no vienes a cenar conmigo esta noche? En casa, los dos solos —propuso Helena.

—¿Hablas en serio?

—Hablo de cinco millones de áureos.

Trafford estudió el hermoso rostro de su interlocutora.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Ella le tendió la mano.

—Ven a la noche y lo sabrás. Ah, te advierto que, si aceptas, todo será absolutamente legal. Adiós, querido.

Helena le dejó, para dirigirse a un aeromóvil, con piloto particular. «Vive bien, pero, ¿de qué vive?», pensó Trafford, dándose cuenta de que, pese a todo, conocía muy pocos detalles de la vida de aquella seductora mujer.

Bueno, nunca le había hecho ascos a una cena íntima con una mujer joven y atractiva, sobre todo, cuando tenía la seguridad de que no iba a aparecer de pronto un marido colérico, con una pistola electrocutante en la mano.

Continuó su camino. Momentos después, estaba ante una ventanilla, en el Banco.

—Quiero ingresar setecientos áureos en mi cuenta —dijo.

Colocó los billetes sobre el mostrador. El impasible empleado contó el dinero sin hacer el menor comentario, acerca del hecho de que, durante los últimos meses, la cuenta del cliente que tenía frente a sí, había descendido gradual e inexorablemente.

De pronto, el cajero dijo:

—Oiga, estos billetes son falsos.

Trafford dio un respingo.

«Ya está, ya salió», pensó en el acto.

—A mí me parecen buenos —dijo, con un nudo en la garganta.

—Le habrán engañado, señor Trafford —manifestó el empleado cortésmente—. Los billetes están magníficamente hechos, es preciso reconocerlo, pero se necesita ser idiota para repetir en ellos el mismo número. Vea, vea…

Trafford tomó dos de los billetes y comparó la numeración.

—Señor Harris, no me gustan las bromas —dijo severamente.

—¿Cómo? —respingó el cajero.

—¿De dónde demonios saca que todos los billetes tienen el mismo número? Siempre pensé que un cajero de Banco era, al menos en las horas de trabajo, una persona muy formal e incapaz de gastar bromas a sus clientes. Repase los billetes, por favor.

El cajero estaba hecho un lío.

—Pero si yo juraría… He visto los números de todos los billetes…

—Tendrá que ir al oftalmólogo a graduarse la vista. Ingrese ese dinero en mi cuenta y no se preocupe de más.

—Sí, sí… Dispénseme, señor Trafford…

El cajero daba pena. De pronto, Trafford, sin saber por qué, se acordó de Binnie.

Recogió el resguardo y salió del Banco. Binnie estaba allí, apoyada en la pared, contemplándole con sonrisa maliciosa.

—Has sido tú —acusó él.

—Lo siento. Cometí un pequeño error —se disculpó la chica—. Pero ya lo he corregido.

Trafford la agarró por el brazo.

—Vamos a casa, tenemos que hablar.

—Sí, Monte.

—Tienes que explicarme muchas cosas, Binnie. Empezando por los ladrones y terminando por el dinero, sin olvidar la botella que estaba vacía y que tú llenaste… ¿Eres una bruja?

—¿Lo lamentarías? —preguntó Binnie maliciosamente.

—Déjate de bromas —rezongó él—. Quiero que me expliques cómo has hecho todo eso. Te tengo mucha simpatía, ¿sabes?

—Estupendo, Monte. No sabes la alegría que me das.

—Gracias —contestó Trafford secamente—. Por eso mismo, quiero ayudarte. Hace tres días, vinieron a buscarte dos hombres, acusándote de no sé qué delito. Les pregunté que si eran policías, pero cuando les pedí sus credenciales, dijeron que no podían hacer lo mismo que haces

tú. Entonces se marcharon y…, ¿Los conoces, Binnie?

De pronto, alguien lanzó una risotada.

—¿Está borracho, amigo? ¿O es que le gusta hablar con los fantasmas a las once de la mañana?

El hombre estaba parado frente a él, riéndose a mandíbula batiente. Trafford volvió la cabeza.

Tenía el brazo derecho levantado y la mano ligera mente curvada, pero en la mano no estaba el brazo de Binnie.

La chica había desaparecido, como si jamás hubiera existido.

El transeúnte se alejó riendo desaforadamente. Trafford maldijo a media voz:

—Esa chica acabará por volverme loco.

CAPÍTULO III

Helena le recibió, deslumbrante de belleza, ataviada con un traje de tejido de oro, largo hasta los pies y que, visto por la espalda, parecía consistir solamente en la falda. La parte anterior del vestido consistía en dos pequeños discos del mismo tejido, sostenidos por unos hilos muy finos, apenas perceptibles.

Era la clase de indumentaria apropiada para una mujer que, como él sabía muy bien, conocía perfectamente su propia anatomía y el partido que podía sacar de sus innegables atractivos físicos. Trafford no se fijó demasiado en la decoración de la casa, ya que la conocía sobradamente de anteriores ocasiones.

—Tomaremos un aperitivo antes de cenar —propuso ella—. Supongo que no tendrás prisa, ¿verdad?

—A tu lado se pierde la noción del tiempo —dijo Trafford.

—La frase es vieja, pero siempre agrada —rio Helena suavemente, a la vez que le entregaba una copa. Después de chocar la suya con la del invitado, añadió—: Supongo que debes de sentirte impaciente por saber la forma en que puedes ganarte dos millones y medio.

—Algo de curiosidad sí siento. Dime, ¿de qué se trata?

—La «Retriever XXVII». Tú ya sabes lo que ha sucedido, me imagino.

—No demasiado. Es más, sólo me he enterado hoy y por pura casualidad. La nave espacial está en órbita a unos treinta y seis mil kilómetros del planeta, se han enviado tres investigadores, que han desaparecido misteriosamente…, y no hay rastros de la tripulación, compuesta por cuatrocientas personas. ¿Sabes tú algo más?

—En cierto modo. Los investigadores del Gobierno se han negado a subir al ataúd orbital, como han dado en llamarlo. Pero resulta que la «Retriever XXVII» tenía concertado un seguro general para toda la tripulación, como se hace en casos semejantes. La aseguradora quiere

saber con exactitud qué ha sucedido. Por esa tarea pagará cinco millones al que aclare el enigma.

—Sospecho que me estás proponiendo el trabajo, Helena.

—Sí —admitió ella sin pestañear.

—¿Por qué?

—¿Debo mencionar tu espectacular carrera, truncada por tu no menos espectacular afición a las faldas?

—Ah, crees que soy el hombre indicado…

—Lo creo, Monte.

—Bien, pero, en tal caso, tú…

Helena hizo un gesto de impaciencia,

—Vamos, no te calles. Di lo que sea, con absoluta franqueza —exclamó.

—Está bien. Helena, nunca he sabido de qué vives, —Trafford movió la mano en semicírculo—. Tienes una casa lujosa, joyas, pieles, piloto particular…, y sé positivamente que no eres…

—Una prostituta de lujo, ¿verdad? De acuerdo, sólo me acuesto con el que me gusta y cuando el cuerpo me lo pide —rio Helena—. Si quieres, llámame cínica, pero también sincera. Tengo amistades, relaciones…, y hago trabajos que no podrían ser realizados de otra forma. En fin, no quiero ser más explícita, porque hay cosas en las que debo ser discreta a la fuerza. Por ejemplo, la recompensa de cinco millones es algo que no se ha divulgado. De lo contrario, las oficinas de la aseguradora se llenarían de aventureros y lo que se necesita es un hombre sereno, experto y capaz de resolver el enigma.

—Creo que comprendo —dijo él—. Sin embargo, los riesgos van a ser para mí y tú te llevarás la mitad.

—Pero los gastos, y puede que resulten muy elevados, correrán de mi cuenta. Tú te llevarás limpios los dos millones y medio, Monte.

Trafford contempló pensativamente la copa que le habían ofrecido.

—Antes de emprender la menor operación, me convendría enterarme de todos los antecedentes de lo sucedido —dijo—. Motivos de la exploración galáctica, listas del personal, con su historial, mundos que han visitado, resultados de su viaje… No puedo montarme en un cohete y subir hasta la «Retriever XXVII» a ciegas.

Helena sonrió, a la vez que le enseñaba un maletín de regulares dimensiones que había sobre una butaca.

—Allí tienes una docena de cartuchos de cinta, en microfilme, con todo cuanto necesitas saber —indicó—. También hay diez mil áureos en

billetes, para gastos personales. Ese dinero te lo anticipo yo, Monte.

—Doce cartuchos de cinta en microfilme… Eso puede llevarme una semana de estudio, Helena.

—Uno de los cartuchos es resumen de los demás. De este modo, ganarás tiempo.

—Sí, quizá. Otra cosa. ¿Qué garantía tengo de cobrar la recompensa, si soluciono el misterio?

—Te entregaré el resguardo del Banco, cuando me digas que estás listo para emprender la operación. A tu regreso, podrás disponer libremente de ese dinero.

Trafford meditó unos segundos. Ella, como si quisiera vencer su resistencia, dijo:

—El primer investigador enviado era Pedro Álvarez, uno de tus mejores amigos, creo.

Trafford asintió.

—Sí, era un chico maravilloso.

—Todos temen a la «Retriever XXVII». Hay mucho nerviosismo en las altas esferas, Monte. Algunos dicen que es pánico.

—¿Temen algo?

—Temen a lo desconocido.

Hubo un instante de silencio. Luego, Trafford dijo:

—Acepto.

Helena sonrió.

—Bien, cariño. Vamos a cenar. He preparado una cena fría; pensé que sería lo mejor…

Trafford alargó sus brazos hacia la hermosa mujer.

—Entonces, si es una cena fría, no corremos el peligro de que los platos se enfríen…, y pueden esperarnos, ¿no te parece?

—Quizá tengas razón —dijo ella.

Trafford la atrajo hacia sí y buscó sus labios. De pronto, cuando ya iba a besarla, torció el gesto.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, asombrada.

—Helena, te huele el aliento de una forma horrible.

Ella se separó vivamente.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Lo siento, no lo he podido remediar… ¡Rayos, qué olor tan espantoso! Helena, ve al médico cuanto antes…

—Pero eso no es posible. Nunca me ha pasado nada, no tengo la

menor enfermedad gástrica…

—Pues el aliento te huele que no hay quien pare a tu lado.

Helena apretó los labios.

—Está bien, coge el maletín y lárgate —dijo—. Si no fueras tú, rompería el trato inmediatamente, pero sé que eres el único en quien puedo confiar. Nuestras relaciones, a partir de ahora, serán puramente profesionales, ¿entiendes?

—Sí, será lo mejor —convino él profundamente disgustado, porque no acababa de entender que a una mujer tan exquisita en todos los sentidos pudiera olerle tan mal el aliento.

Aquel hedor enfriaba cualquier ardor masculino, pensó disgustadamente.

—Lo siento, Helena —se disculpó, un tanto avergonzado. _

Ella estaba en pie, junto a la barra, sobre la que había un gran ramo de rosas rojas.

—¡Vete! —dijo con la boca a un palmo de las flores.

Los tallos de las rosas se doblaron de pronto y los pétalos se desprendieron en hedionda lluvia. Helena lanzó un chillido de terror.

—Pero ¿qué me está pasando?

—Llama a un médico —insistió él.

—¡Vete, déjame! —gritó ella histéricamente.

El jarrón voló por los aires. Al menos, no había perdido las fuerzas, pensó Trafford, mientras emprendía una poco digna retirada.

Instantes después, se hallaba fuera de la casa.

—No lo entiendo, no lo entiendo —dijo.

De pronto, oyó una alegre carcajada, nacida indudablemente de una garganta femenina.

—¡Binnie! —chilló.

—Hola —dijo la chica.

* * *

—Binnie, por el amor de Dios —exclamó Trafford—. ¿Quieres explicarme de una vez lo que eres, lo que haces y por qué lo haces?

La pregunta había sido formulada en el apartamento de Trafford. Hasta entonces, la chica se había negado en redondo a contestar una sola palabra.

—Está bien —dijo ella—. En primer lugar, debes saber que quiero

ayudarte.

—Muchas gracias —contestó él sarcásticamente, porque empezaba a sospechar lo ocurrido—. Me has estropeado una velada que prometía ser inolvidable…

—No te quejes; lo que he hecho ha sido mínimo. Hoy ni siquiera he penetrado en tu mente. Eso es algo que me he prohibido a mí misma, ¿comprendes?

—Entonces, ¿cómo estabas allí?

—Porque te he seguido.

—No te he visto…

—Cuando quiere, puedo hacerme invisible. O convertirme en flor, pájaro…, en cualquier cosa. Soy polimórfica, Monte.

Trafford abrió la boca.

—Poli…

Binnie movió la cabeza varias veces.

—Los bnatonianos somos polimórficos a voluntad —confirmó.

—Esto es aterrador —exclamó Trafford—. ¡Entonces, ni siquiera eres como te estoy viendo! ¡Tal vez eres un monstruo horrible…!

—Sí, con la piel verde y escamosa, espinas salientes en la espalda, cuernos, garras y una cola con aguijón venenoso —dijo Binnie sarcásticamente—. Lees muchas historietas de «marcianos», me parece.

—Binnie…

—Soy así, enteramente humana como tú, aunque posea la facultad del polimorfismo. Claro que si quieres que me convierta en ese monstruo horrible, puedo hacerlo.

—¡No! —chilló él—. Sigue como estás. Resultas mucho más guapa.

—Gracias —sonrió la chica—. Monte, déjame ayudarte.

—Valiente ayuda. Has conseguido que una buena amiga me eche de su casa a patadas.

—No me gustó lo que estaba viendo. ¡Vaya pareja de sinvergüenzas!

—¿Y qué? Ella me gusta y yo le gusto, eso es todo.

—Pero a mí no me gusta que ella te guste. Y no te conviene, Monte.

—¿Puedes decirme por qué?

—Un día acabarás por averiguarlo tú mismo —contestó la muchacha —. Y ahora, en serio, voy a ayudarte, porque también me interesa a mí.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Sí. La «Retriever XXVII» hizo una escala en Shallius durante su viaje. Sospecho que lo que sucede es consecuencia de esa escala.

—¿Cómo?

Binnie señaló el maletín.

—Ahí tienes doce cintas grabadas —dijo—. Si quieres conocer su contenido por completo, tardarás semanas, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Bien, yo te ofrezco la forma de conocerlo en una sola noche.

—¿De qué manera? —preguntó él, receloso.

—Hipnopedia acelerada.

—Binnie, sé lo que es la hipnopedia o enseñanza durante el sueño, pero no he oído jamás que ese proceso pueda acelerarse. Si yo quisiera estudiar esas cintas, tendría que dejarlas girar a su ritmo normal. Lo único que ganaría, sería un poco de tiempo, pero nada más.

—No seas escéptico —le apostrofó ella—. Cuando yo te digo que puedes conseguirlo, no me estoy inventando nada inverosímil.

—Puede que tengas razón, pero, al menos, dime cómo lo harás.

—Entonces, ¿aceptas?

—Binnie, estoy arrumado y me esperan a la vuelta dos millones y medio. Un buen amigo murió en la «Retriever XXVII». También me interesa vengarle, si eso es posible.

—De acuerdo. Siéntate.

Trafford obedeció dócilmente. Con toda desenvoltura, Binnie fue al dormitorio y volvió con una caja en las manos.

—Has estado aquí ya —adivinó él.

—Me filtro a través de las paredes, como los fantasmas —rio la chica, mientras abría la caja—. Relájate, por favor, Monte.

—Muy bien.

Binnie sacó de la caja un extraño casco, de casi medio metro de diámetro, con el que se acercó a Trafford. Varios cables de distintos colores partían de la parte posterior del casco, reuniéndose luego en uno solo, negro, algo más grueso, con una conexión metálica en, el otro extremo.

—Oye, ¿qué le hiciste a Helena en el aliento? —preguntó él de repente—. Enfrió mis ardores…, y mató las rosas….

—Oh, no quise darle un disgusto mayor. Hubiera podido convertirla durante unos minutos en una vieja repulsiva, pero podría haber sufrido un fuerte choque y quise evitarlo.

—De modo que puedes traspasar tu polimorfismo…

—Hasta cierto punto. Vamos, cállate ya.

Binnie bajó la visera del casco, de cristal muy grueso, negro y absolutamente opaco. Luego conectó el cable del aparato de televisión.

En el mismo instante, Trafford sintió una ligera sacudida en el interior del cráneo. Luego, dulcemente, se durmió.

CAPÍTULO IV

Cuando despertó, se encontró tendido en su cama, aunque vestido. En el otro lado de la casa, oyó rumor de cacharros.

—¡Binnie! —gritó.

—Un momento; ahora mismo te llevo el desayuno —contestó la chica desde la cocina.

Trafford se sentó en la cama, ligeramente aturdido, aunque se daba cuenta de que volvía rápidamente a la normalidad. Binnie apareció de pronto en la puerta, con una bandeja en las manos.

—Parece que me he dormido…

—Veinticuatro horas completas —puntualizó ella—. Te convenía, después de haberte metido en la sesera el contenido completo de las doce cintas.

Trafford puso la bandeja sobre sus piernas.

—¿He aprendido todo eso? —preguntó.

—Lo sabrás cuando inicies la operación. No fallarás absolutamente nada, excepto en lo que las cintas no está grabado. Pero ahora conoces todas las peculiaridades de la nave y de su viaje, conoces sus planos, la disposición interior de sus cubiertas, camarotes, motores; sabes también todos los detalles referentes a la tripulación…, excepto que no se sabe en modo alguno por qué la «Retriever XXVII» llegó, se situó en órbita y sigue ahí, como un pecio espacial, sin nadie en su interior, pero con todos sus mecanismos en perfecto estado de funcionamiento.

—Estoy de acuerdo contigo, pero todavía ignoro otra cosa, Binnie.

—Dime qué es.

—Sé que quieres ayudarme, pero no me has dicho aún por qué.

Ella se inclinó y le dio un suave papirotazo en la nariz.

—Aún es pronto —contestó—. Y ahora, dispensa, pero tengo que

marcharme.

—¡Eh, aguarda un momento! —gritó él.

—¿Qué te pasa, Monte?

—Voy a decirte una cosa, y quiero que te la tomes muy en serio. Binnie, acepto tu ayuda, pero no te metas en el terreno estrictamente personal. ¿Lo has comprendido?

—Sí, desde luego.

—Por favor, en todo lo que no se refiera a este asunto, déjame en paz. ¿Está claro?

Binnie sonrió irónicamente.

—Te gusta Helena —dijo.

—Somos amigos desde hace tiempo. Estropearle el aliento, hasta el punto de marchitar las rosas, es una sucia jugada,

—Bien, como quieras, pero luego no te quejes, Monte.

—Escucha, Helena podrá ser lo que tú quieras, pero en determinados aspectos, es absolutamente confiable, ¿entiendes?

—De acuerdo, hombre, de acuerdo.

—Y una última recomendación: cuando vengas a casa, a menos que no esté yo, llama a la puerta.

—¿Eres cardíaco? —se burló ella.

De pronto se convirtió en un torbellino de humo multicolor que giraba vertiginosamente. El humo se hizo cada vez más transparente, hasta desaparecer por completo.

Trafford alzó los brazos al cielo.

—Una chica polimórfica. ¡Lo que me faltaba! —clamó.

Trafford había volado por el espacio en más de una ocasión y también conocía descripciones de muchos planetas. Sabía que había seres inteligentes con las formas más disparatadas que se pudieran imaginar, pero, hasta entonces no había visto a nadie que pudiera transformarse a voluntad en cualquier cosa.

Tratando de no pensar en aquel asunto, continuó desayunando. Estaba con la última taza de café en las manos, cuando, de pronto, captó el sonido de llamada del videófono.

* * *

Era Helena. El rostro de la mujer aparecía serio, aunque no hostil.

—Buenos días, Monte —saludó.

—Hola, hermosa. ¿Te encuentras mejor?

—El médico ha dicho que mi aparato digestivo está en perfectas condiciones y tengo una boca sanísima. Por tanto, no hay motivos para un aliento fétido, pedazo de bruto. El mismo médico me ha recomendado que vayas a un especialista y te hagas examinar el sistema olfativo, vulgo narizotas.

—Dispénsame, Helena, pero yo creí… —Era mejor no contarle la verdad, pensó Trafford rápidamente—. No sabes cuánto lo lamento…

—Está bien, dejémoslo —cortó ella—. ¿Qué has hecho, Monte?

—Antes de contestarte, dime una cosa: ¿cómo voy a llegar a la «Retriever XXVII»?

—Tienes ya un cohete preparado, con todo lo necesario. Los mandos de apertura y cierre de la esclusa de acceso funcionan perfectamente. Para ti no es cosa que ofrezca dificultades, ¿verdad?

—Claro que no. Bien, si te parece, mañana mismo iré a explorar la «Retriever XXVII».

Helena se asombró.

—Pero ¿ya has visto las grabaciones? Hay para varias semanas…

—Conozco todos los detalles —aseguró él.

—Es increíble. Si yo hubiese tenido que aprenderme…

Trafford emitió una sonrisa de fingida superioridad.

—Nena, ¿ya no te acuerdas dónde tenía yo mi empleo? Esa oficina no da trabajo sino a superhombres.

—A pesar de todo… —Helena se encogió de hombros—. Bueno, si tú lo dices, mejor para todos. Cuanto antes vuelvas, antes nos repartiremos la recompensa, Por favor, anota el número de serie del cohete y el emplazamiento en el Astropuerto Sur Dos.

—Sí, ahora mismo.

Trafford buscó mi lápiz y una libreta. Cuando se disponía a escribir, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Helena estaba sentada frente a él, en su gabinete particular. Podía verla claramente, casi desde la cintura para arriba, pero también podía divisar sin dificultad el fondo de la decoración.

Detrás de la hermosa mujer había un gran ventanal, con los cortinajes parcialmente corridos. Trafford vio algo que le hizo recelar.

Era hombre de rápidas reacciones. Si advertía a la joven con una voz, el intruso podía atacar en el acto.

Era preciso evitarlo. Tomó el lápiz y escribió: «Cuidado. A tu

espalda.»

La agenda quedó frente al objetivo del videófono. Los ojos de Helena captaron bien pronto el significado del mensaje.

En aquellos instantes, un hombre avanzaba sigilosa mente hacia ella, sosteniendo con ambas manos un delgado pero fuerte cordón de seda.

El asesino estaba ya a cinco o seis pasos de la joven. Súbitamente, Helena se volvió, con una extraña pistola en la mano.

El arma emitió un bronco chasquido. La atmósfera se enturbió unos instantes, mientras que el hombre del cordón de seda, alcanzado de lleno, volaba catapultado por los aires, hasta alcanzar la vidriera, que se rompió con gran estrépito. Cayó al otro lado y se quedó quieto.

—Aguarda un instante —pidió ella.

Helena corrió hacia la terraza, se inclinó un instante junto al caído y lo examinó con toda atención. Luego regresó junto al videófono.

—Era Thor Gilles —dijo.

—¿Era? —se asombró Trafford—. ¿Ha muerto?

Helena enseñó el arma, cuya boca medía casi cinco centímetros de diámetro.

—Estas pistolas de choque, a máxima potencia, serían capaces de abatir a un elefante —dijo—. Ten cuidado, Monte —advirtió—; Gilles pertenecía al grupo de Ben Bates.

—¡Bates! —resopló él—. ¿También está metido en el asunto?

—Así parece, y eso es algo que no me gusta —contestó ella—. Si Bates ha decidido intervenir, es porque se han producido filtraciones. Monte, la recompensa de cinco millones va a actuar como de pastel para las moscas.

Trafford torció el gesto.

—Esto empieza a ponerse feo —rezongó.

—Nunca ha sido agradable —dijo Helena—. Bien, ¿tomas nota del número de serie del cohete?

—Desde luego.

Segundos después, Helena le hizo una advertencia:

—Ponte en contacto con el astropuerto. Allí te indicarán la hora exacta de despegue y la ruta que debes seguir.

—Conforme. Ah, una cosa. ¿Qué va a pasar con el «fiambre»?

—Déjalo de mi cuenta, Monte. Afina todos los sentidos…., y piensa que a tu vuelta te esperan dos millones y medio.

—Y tú.

—Si vas al otorrinolaringólogo, desde luego —contestó Helena con burlona sonrisa.

La pantalla se apagó. De pronto, Trafford se sintió muy preocupado.

Conocía bien a Ben Bates. Había sido compañero suyo en el servicio, pero así como a él le habían obligado a presentar la dimisión, Bates se había marchado mucho antes, oficialmente, para establecerse por su cuenta.

La realidad era muy distinta. Bates aprovechaba sus conocimientos y su experiencia para dedicarse a vender sus servicios a personajes sin escrúpulos, que pagaban bien.

Pero ello, inevitablemente, llevaba a una conclusión: en la «Retriever XXVII» había, algo más que la misteriosa desaparición de sus cuatrocientos tripulantes.

Sentado en el sillón, cerró los ojos y procuró concentrar su memoria en determinados aspectos de las cintas; cuyo contenido estaba grabado en su mente. Cumpliendo; escrupulosamente los reglamentos, el comandante de la nave espacial había enviado a la Tierra un extracto del diario de a bordo, apenas franqueó los límites del sistema solar. Trafford conocía aquel extracto tan bien como si él mismo lo hubiera escrito.

Pero, de repente, encontró una laguna en las anotaciones. El comandante de la nave había omitido informar sobre parte del tiempo que habían permanecido en Shallius, un planeta del recién descubierto XXXIV Sistema Solar, a novecientos veinte años luz de la Tierra.

Era un período de, aproximadamente, dos semanas. ¿Qué había sucedido en Shallius durante aquel tiempo?

La cosa estaba clara: para averiguarlo, tendría que ir personalmente a la cámara del comandante y leer el diario de a bordo.

Había hecho una deducción que podía resultar vital para el buen éxito de la empresa. Ahora sólo le faltaba prepararse para el viaje.

Del astropuerto le informaron de los datos que precisaba para el despegue y la órbita que debía seguir para alcanzar la «Retriever XXVII». Hecho esto, se dispuso a preparar algunos objetos personales que podían resultar útiles.

En aquel momento, sonó el zumbido de llamada del videófono.

* * *

Trafford movió ligeramente el objetivo, para que le enfocase

directamente, sin necesidad de sentarse. Luego dio el contacto.

El rostro de una joven de unos veintiséis años, apareció en la pantalla. Trafford se quedó mudo de asombro al verla.

—Hola, Monte —saludó ella,

—¡Tina! —exclamó Trafford—. Tina Spade.

—La misma. ¿Te extraña verme?

—Un poco, a decir verdad. Hace ya algunos años que no sabía de ti. Y ya conoces los motivos.

Tina sonrió. Era una mujer muy atractiva, aunque no una belleza en el estricto sentido de la palabra. Pero Trafford sabía que valía infinitamente más que muchas otras más hermosas que ella. La lástima, pensó, era que Tina se había dejado engatusar por un individuo que un buen día la plantó y del que ya no había vuelto a saber nada,

—Sí, conozco los motivos —respondió ella—. No te lo reprocho; fue una actitud enteramente lógica, Monte.

—¿Puedo ayudarte en algo, Tina?

—Quizá te ayude yo, pero será mejor que vengas a verme. Hay cosas que conviene no confiar al videófono.

—De acuerdo, Tina, Ah, otra cosa… Perdona, pero hay franqueza entre los dos… ¿Necesitas dinero?

—No te preocupes; mi vida está resuelta en este aspecto —replicó la joven—. Ven cuanto antes, te lo ruego.

—De acuerdo.

Trafford cortó la comunicación. Unos minutos antes, había presenciado el intento de asesinato de Helena. La cosa se ponía mucho peor de lo que él mismo había pensado.

Convenía ser precavido. De sus tiempos de permanencia en el servicio, conservaba algunos objetos, que decidió llevar sobre su cuerpo. Las precauciones no estaban de más.

Cuando abrió la puerta, vio dos rostros conocidos parados ante el umbral.

—¿Todavía la buscan? —preguntó alegremente.

—Todavía —respondió Franwoo con hosco acento.

—Les va a costar mucho encontrarla, ustedes ya saben las causas.

—Se ha enterado, ¿eh?

—No he tenido otro remedio. Binnie ha hecho ya tantos papeles, que no sé qué pensar de ella. ¿De veras «es» cómo es?

—Sí —rezongó Rochester.

—¿Y ser así es un delito en Bnatón?

—Eso no es un delito entre nosotros, sino…

—¡Cállate, Roc! —exclamó Franwoo rápidamente.

—Dispénsame, Fran.

—Ah, han aprendido a abreviar los nombres —sonrió Trafford—. De modo que Binnie ha cometido un delito, pero no quieren decirme cuál es.

—No.

—Bueno, no sé qué decir… La policía bnatoniana, me imagino, no tiene poderes para actuar aquí, pero, de todos modos, voy a facilitarles su tarea. Miren aquel jarrón; las flores son artificiales, pero adornan mucho. Ese jarrón y las flores «son» Binnie.

—¡A ella! —gritó Franwoo.

Los dos hombres se precipitaron al interior del apartamento, cada uno de ellos empuñando lo que parecía una gruesa pluma estilográfica. Dos dardos de luz muy suave, verdosas, se concentraron sobre el jarrón.

—¡Vamos, Binnie, reincorpórate! —gritó Rochester.

—Oigan —preguntó Trafford desde la puerta—. ¿«Eso» mata?

—No, solamente hace que los polimórficos recobren su apariencia habitual —contestó Franwoo.

Trafford hizo un gesto con la mano.

—Sigan, sigan; Binnie tiene una potencia extraordinaria. Si insisten, volverán a verla con su figura habitual.

Cuando cerraba la puerta, Trafford oyó la voz de Franwoo, que sonaba irritadamente:

—¡Binnie, vamos, reincorpórate de una vez!

Trafford lanzó una silenciosa carcajada. Luego se apresuró a alcanzar el ascensor. Le convenía huir de las más que seguras iras de los dos bnatonianos.

CAPÍTULO V

Tina Spade le recibió en su casa, un apartamento sencillo, sin pretensiones, pero decorado con gran gusto. Una de las cosas que más le habían gustado de la joven era su pelo, sedoso y brillante, pero su carácter y su personalidad le habían atraído más todavía que su indudable encanto físico.

—Estoy por completo a tu disposición —dijo él.

Tina le llevó hasta un diván y se sentó de lado.

—Tengo que decirte algo muy importante, Monte. Ayer me llamó un amigo de mi esposo. Grat anda en malos pasos… Bueno, esto no es una novedad ciertamente —dijo ella con triste sonrisa—. El asunto es ahora mucho más serio. Se trata de la «Retriever XXVII».

—Esa nave espacial que…

—Sí, la misma. Hoot Morris, ese amigo de Grat, quiso advertirme. El conoce mi amistad contigo. Morris, en medio de todo, no se ha mezclado nunca en asuntos digamos de envergadura. Ahora está asustado, pero no sé por qué. Me aconsejó que te dijera que tengas mucho cuidado.

Trafford entornó los ojos. Había conocido a Grat Spade ocho años antes, cuando empezó a mariposear en torno a la joven que luego sería su esposa. Ya entonces, la fama de Spade no era demasiado buena, pero cuando lo comentó con ella, Tina dijo que tenía la seguridad de corregir a su esposo, una vez casados.

Tina se había equivocado rotundamente.

—¿Es eso todo lo que te dijo? —preguntó.

—Nada más. Sólo me pidió que me pusiera en contacto contigo lo antes posible. Ya lo sabes, Monte.

—¿Conocías tú a Morris?

—No. Nunca lo había visto. Él dijo que era amigo de Grat, es todo lo que sé.

—¿Le viste la cara?

—Por supuesto, aunque se había puesto grandes gafas oscuras…

—¿Desde dónde te habló? ¿Tal vez algún bar?

—No. Pude ver que se trataba de una cabina pública. Monte, ¿qué vas a hacer en el «Retriever XXVII»? Han muerto ya tres investigadores…

—Tina, estoy arruinado. Si aclaro el enigma, me ganaré dos millones y medio. Es la recompensa que ofrece la compañía de seguros, pero yo creí que se trataba de algo absolutamente secreto. Al parecer, sólo los recién nacidos lo ignoran —comentó él con amargo humorismo.

—Lo siento, pero me pareció que debía informarte.

—No te preocupes. A propósito, ¿tienes idea de dónde vive ese tal Morris?

Tina negó con la cabeza.

—No, ni le había visto hasta hoy —contestó.

—Está bien, gracias. —Trafford se puso en pie, aunque se inclinó para besar a la joven en la mejilla—. Me gustaría verte en otra ocasión…

De pronto, los brazos de Tina se estiraron y agarraron a Trafford por el cuello, haciéndole perder el equilibrio. Trafford cayó de nuevo en el diván, notando que unos labios cálidos y ansiosos buscaban los suyos.

Después del primer beso, miró largamente a Tina, Ella tenía las mejillas encarnadas y respiraba un tanto alteradamente. En sus ojos había un brillo singular.

—Monte —susurró ella.

Durante unos segundos, Trafford creyó que iba a dejarse envolver por el vértigo de la pasión. Luego, de pronto, reaccionó y se puso en pie.

—Volveré otro día —prometió con voz neutra.

Tina emitió una sonrisa de circunstancias.

—No permitiré que seas un hombre de hielo —dijo.

Trafford abandonó el departamento y buscó el ascensor. Tina no había sido nunca así…, aunque ahora estaba sola y parecía lógico que deseara aliviar su soledad. Pero siempre le había parecido una muchacha honesta y, aunque estaba seguro de haberla conquistado mucho antes, de habérselo propuesto, lo que le extrañaba era que ella,

tan mesurada ordinariamente, hubiese tomado la iniciativa.

Cuando salió a la calle, oyó una risita:

—¡Bravo, me gustan los hombres valientes!

Trafford se detuvo un instante.

—¿Puedo saber «qué» eres en estos momentos? —preguntó cortantemente.

—Caballero —sonó una voz cascada—, ¿puede ayudar a esta anciana medio inválida a cruzar la acera?

—Oh, cómo no… No faltaría más, señora.

Era una mujer de setenta y tantos años, de pelo completamente blanco y aspecto distinguido, que vestía un traje oscuro, con vivos blancos. Para caminar, se apoyaba en un bastón de ébano, con puño esférico de marfil.

—Ya quedan pocos jóvenes como usted —suspiró la anciana—. En mis tiempos, muchacho, los hombres eran más galantes. Ahora, en cambio…

La anciana se apoyaba en el brazo de Trafford. Cuando el semáforo de peatones se puso en verde, iniciaron el cruce de la amplia avenida.

—Eres un hombre valiente, sí, señor —dijo la anciana—. Sólo los hombres verdaderamente valerosos saben resistir la tentación, porque es preciso admitir que Tina Spade es realmente hermosa.

—Maldición —gruñó Trafford—. Eres tú.

—Sí, pero compórtate como si yo fuese una anciana auténtica. En estos momentos, tengo unas rodillas tan reumáticas, que parece se me vayan a quebrar las rótulas.

—Estabas en casa de Tina.

—Sí, aunque no intervine ni miré cuando ella te besó. Escuché, simplemente.

—¿Has sondeado su cerebro?

—No, me lo he prohibido a mí misma. Pero creo que es sincera.

—Gracias. —Ya habían cruzado la avenida—. Binnie, Rochester y Franwoo siguen buscándote.

—Me lo imaginaba,

—Dijeron que el polimorfismo en sí, no es ningún delito, pero que, en cambio, habías cometido otro, aunque no quisieron aclararme de qué se trataba.

—En medio de todo, son unos infelices —rio Binnie—. ¿Qué pasó después?

—Había un jarrón con flores artificiales, les dije que eras tú y escapé. Ellos se quedaron gritando: «Reincorpórate, reincorpórate…» Ya no sé más.

—Eres un tío estupendo, Monte. Y, en recompensa, voy a darte una buena noticia. Podrás encontrar a Hoot Morris en *El Alegre Pirata*, a partir de las nueve de la noche.

—Oh, muy bien…

De repente, se oyó un agudo grito a pocos pasos de distancia:

—¡Tía Evelina! Pero, ¿qué haces en la calle?

—¿Cómo has podido cometer esa locura? —clamó una mujer joven y de agradable aspecto, a la vez que se precipitaba sobre la anciana—. El médico dijo que no te movieras de casa bajo ningún pretexto…

El hombre se acercó a Binnie y la agarró por un brazo.

—A tu edad, tía Evelina, deberías tener un poco más de juicio. Desobedecer las instrucciones del doctor Fröhlich puede resultar funesto para tu salud…

—¿Qué hacía usted con esta pobre anciana? —preguntó la joven altaneramente.

—¿Yo? Sólo le ayudé a cruzar la calle, como ella me pidió —se defendió Trafford.

—Está bien, no se preocupe, amigo, muchas gracias —dijo el hombre, a la vez que, disimuladamente, ponía una moneda de veinte centésimos en la mano de Trafford—. Vamos, tía Evelina; tenemos el aeromóvil a punto…

La pareja se llevó a Binnie, sin que ella osara protestar ni tampoco abandonar el aspecto de anciana distinguida y simpática. Trafford rio para sí abundantemente.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido tomar la apariencia de alguien que es conocido de otras personas?

Al menos, le había hecho un buen favor: sabía dónde encontrar a Morris.

Y si el tipo era la clase de personaje que él suponía, unos cuantos billetes provocarían en él una incontenible afición a la oratoria.

* * *

Cuando entró en *El Alegre Pirata*, una rubia exuberante, pechugona, muy escotada, le pidió que le invitase a una copa.

—Con mucho gusto. Y si quieres, también dos —accedió él.

—Me llamo Peggy —dijo la rubia.

—Joe. Pide lo que quieras.

Peggy agitó una mano. El barman puso dos copas en el acto.

—Eres nuevo aquí —dijo ella.

—Sí. ¿Cuál es tu tarifa, Peggy?

—¡Caramba, vas rápido! —respingó ella—. Pero no te vayas a creer que cualquiera puede…

Trafford sacó un billete de cien, hizo un rollito y lo puso en el centro del opulento escote de la rubia.

—Se llama Hoot Morris —dijo.

Peggy entornó los ojos.

—¿Policía?

—No. Asuntos privados.

—Está en un reservado. Una reunión de negocios con unos amigos.

—¿Sabes cuál es?

—Espera aquí. Me enteraré.

Peggy se alejó. Un par de minutos después, regresó junto al joven.

—Número seis —indicó.

—Eres una chica estupenda —sonrió Trafford.

—Te espero, Joe. —Súbitamente, Peggy lanzó una exclamación—. ¡Mira, ahí salen los dos que estaban con Hoot!

Dos sujetos, de aspecto fúnebre, aparecían en aquel momento por una puerta lateral. Sin pronunciar palabra, se encaminaron hacia la salida y se dirigieron hacia la calle.

—Bueno, ya ha terminado sus negocios —sonrió la rubia—. No tardes, buen mozo.

—Descuida.

Trafford echó a andar. Cuando llegaban a la entrada del pasillo que conducía a los reservados, oyó una fenomenal explosión.

Una puerta voló por los aires, hecha astillas, a la vez que una nube de humo se precipitaba al exterior, junto con una violenta onda explosiva, que le derribó al suelo.

Trafford quedó medio sordo a consecuencia del estampido. En la taberna había una enorme confusión. Se oían gritos y chillidos y los clientes se atropellaban en su ansia por escapar a la calle.

Sin embargo, hubo quien reaccionó valientemente. Peggy corrió hacia Trafford, quien aún estaba tendido en el suelo, y se arrodilló a su lado.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó ansiosamente.

Trafford se sentó, todavía aturdido. De súbito, Peggy empezó a chillar histéricamente.

—¡El, él…! ¡Sólo queda su cabeza…!

Trafford lanzó una mirada hacia el pasillo. Entre los escombros producidos por la explosión, había una cabeza, con los cabellos quemados por el fogonazo. El rostro, sin embargo, se conservaba bastante bien. Pero a la cabeza de Hoot Morris le faltaba el resto del cuerpo.

* * *

Trafford regresó a su casa, más tarde de lo que había esperado, y sin haber conseguido los informes que deseaba. Hablar con Spade, pensó, era inútil; el esposo de Tina era demasiado hábil y escurridizo para contestar a una sola de sus preguntas, ni tan siquiera decir la menor frase que pudiera constituir una pista.

El único recurso que le quedaba era estar prevenido en todo momento.

Cuando llegó a su casa, vio luz encendida.

—¿Binnie? —llamó.

—¡Estoy en el baño! —gritó la chica.

Trafford atravesó la sala.

—¿Disfrazada de pastilla de jabón, tal vez? —preguntó, mientras entreabría la puerta.

—Ahora soy yo misma. Retírate, indiscreto; un caballero jamás entra en el baño cuando una dama está bañándose.

—Bueno, me quedaré en la puerta, vuelto de espaldas, para no herir tu natural sentido del pudor físico. Porque el pudor espiritual no lo conoces —dijo él cáusticamente.

—No te burles de mí. A fin de cuentas, te he ayudado, ¿no?

—Hoot Morris ha muerto. Alguien le puso una bomba bajo las piernas.

—¡Monte!

—Lo que oyes, preciosa. Yo me imagino que el tal Morris debía de ser un soplón, aunque no sé qué esperaba conseguir de su «chivatazo», porque no tenía informes de que hubiese solicitado ninguna cantidad de dinero.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez la bomba fuese para ti?

—¡Caramba, Binnie!

—¿Estabas allí cuando se produjo la explosión?

—La onda explosiva me tiró al suelo. Estoy vivo por veinte segundos escasos, quizá menos.

—Entonces, no digas más. Quisieron eliminarte.

Trafford se quedó preocupado, junto a la puerta, oyendo los ruidos del agua en la bañera. Si era así, ¿quién le había preparado la trampa?

—Binnie.

—Dime, Monte.

—Quiero que me cuentes una cosa. ¿Cómo se te ocurrió disfrazarte de tía Evelina?

La chica rio alegremente.

—Había visto una fotografía suya en una revista —contestó—. Lo que no pude imaginarme es que aparecerían sus dos únicos parientes. Sam y Millie Brookson, sobrinos suyos.

—Sí que fue casualidad —comentó Trafford.

—Bueno, fuimos a su casa… Oye, una mansión por todo lo alto. Cuadros de firma, servidores por todos partes… Tía Evelina debe de estar forrada de «pasta», ¿sabes?

—Bien, pero ¿qué pasó después de llegar a la mansión?

—Oh, pude distraerles un poco. Luego se encontraron con la verdadera tía Evelina, quien les juró que no se había movido de la casa. Monte, los Brookson son un par de granujas. Sólo esperan que la vieja se vaya al otro barrio para heredar. Yo vi a la mujer hacer no sé qué diablos con las medicinas.

—Eso se llama asesinato —rezongó Trafford.

—Bueno, tienen tía para rato. Ella no se dio cuenta, claro, pero yo le hice un pequeño examen… La dejé sin ácido úrico, elevé ligeramente su presión, neutralicé las medicinas, dejándolas convertidas poco menos que en placebos, suprimí algunas piedrecitas de sus riñones, fortalecí sus músculos adecuadamente, limpié sus bronquios a fondo, con lo que ya no tiene asma; eliminé el noventa por ciento de su arterioesclerosis… y hasta le suprimí algunas arruguitas.

—¡La has dejado nueva! —exclamó Trafford, atónito.

—Muy bien recompuesta, esta es la verdad. Cuando me marché, perseguía a sus sobrinos a bastonazo limpio. —Binnie soltó una estentórea carcajada—. Les saldrán canas, esperando la herencia —agregó.

—Binnie, no me digas que tú puedes hacer inmortal a una persona —se asombró el joven.

—No, sólo la he rejuvenecido un poco. Tía Evelina es una mujer estupenda y esos dos desaprensivos sobrinos la estaban matando poco a poco. Ya que tomé su aspecto, me pareció que debía hacerle ese favor. Pero hablemos de lo tuyo. ¿Qué planes tienes, Monte?

Trafford consultó su reloj.

—Son las once de la noche —contestó—. Tengo que dormir un par de horas, porque mi cohete despega a las tres cuarenta y dos de la madrugada.

CAPÍTULO VI

Todavía era de noche cuando Trafford abandonó las oficinas del astropuerto, en donde le habían entregado la documentación pertinente para que pudiera despegar. Binnie había quedado en su casa, durmiendo apaciblemente en la habitación de los huéspedes.

A veces, pensó Trafford, Binnie se portaba como una terrestre. Tenía una conversación muy agradable, si bien le parecía un tanto alocada. El caso era que, contra lo deseado, no había podido dormir. El y Binnie se habían puesto a hablar y el diálogo se había hecho tan entretenido, que el tiempo se le había pasado sin darse cuenta. Una muchacha realmente encantadora, aunque le convenía sentar la cabeza un tanto. Pero eso llegaría con el tiempo.

El aeromóvil se hallaba en un lugar no demasiado iluminado. Trafford abrió la portezuela. Entonces vio brillar el cañón de una pistola.

—Siéntese y no se mueva —ordenó el individuo.

Trafford obedeció. Dos hombres más surgieron de inmediato y colocaron en torno a sus muñecas y tobillos sendos pares de esposas.

—¿De qué se trata, amigo? —preguntó al de la pistola.

En aquel momento, una mujer apareció ante los ojos de Trafford. Supo que pertenecía al sexo opuesto por su silueta, no porque pudiera verle la cara, cubierta por una capucha de brillante seda negra. La figura era muy opulenta y le recordó la de Helena.

«Es absurdo —pensó, mientras sujetaban sus tobillos al armazón del asiento, mediante una cuerda, a fin de impedirle tocar los pedales del aparato—. Después de contratarme para la misión, ella no puede ir contra mí.»

Los hombres que le habían asaltado iban también enmascarados. A Trafford ya no le cabía la menor duda: utilizarían su cohete para llegar

hasta la «Retriever».

En aquella nave, pensó, había algo más que una tripulación desaparecida misteriosamente. El enigma, estaba en la anotación que faltaba en el diario de a bordo. *La estancia en Shallius…, ¿qué había pasado en aquel planeta?*

—Amigo —dijo al de la pistola.

—¿Sí?

—Oiga, ¿qué esperan encontrar en la «Retriever»?

—Si se lo decimos, sabrá tanto como nosotros.

—¿Son ustedes los que se cargaron a Morris?

—¿Estaría vivo en tal caso?

—Sí, tiene razón. Oiga, ¿quién es esa fulana? Tiene un tipo espectacular…

Alguien se acercó al aeromóvil.

—Vamos, menos charla; el tiempo se nos echa encima —dijo.

—Ya está, no te preocupes.

Dos manos pusieron delante de la boca de Trafford una ancha tira de esparadrapo. Ahora, además de las esposas de muñecas y tobillos, estaba atado al asiento de tal forma, que no podía efectuar el menor movimiento.

Alguien puso una caja junto al cuadro de instrumentos de control. La caja quedó adherida por unas pequeñas grapas magnéticas. Una mano hizo girar lo que parecía una pequeña llave. Luego, el enmascarado, sonriendo torvamente, dijo:

—Esto es un piloto automático, que se pondrá en funcionamiento dentro de quince minutos. Tiene ya el rumbo programado… recto a la *Sierra*. La velocidad, en el momento de la colisión, será de cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora. No queremos que sufra —concluyó cínicamente.

Impotente para hacer nada por liberarse, Trafford vio a los tres hombres correr hacia otro aeromóvil, en el que ya les aguardaba la mujer. El vehículo se puso en marcha inmediatamente.

Sin embargo, Trafford tenía los ojos libres. Así pudo ver que el otro aeromóvil tenía no sólo el mismo color, sino también la misma matrícula que el suyo.

—Un plan perfecto —reconoció a su pesar.

Intentó moverse, pero no pudo. Los asaltantes habían sabido hacerlo bien.

Con ojos morbosamente fascinados, contempló la caja de control del piloto automático. El reloj de su aeromóvil marcaba los minutos inexorablemente.

La *Sierra* estaba a menos de sesenta kilómetros de distancia. A partir del momento del despegue, y de acuerdo con la velocidad programada, sólo tendría nueve minutos de vida.

El tiempo transcurrió con agónica rapidez. Cuando hubo transcurrido el cuarto de hora señalado, Trafford oyó un leve chasquido, indicador de que los mecanismos de propulsión de su aeromóvil se ponían en funcionamiento.

Al mismo tiempo, vio a lo lejos que se elevaba un cohete. El aeromóvil ganó altura verticalmente, primero; luego, al llegar al nivel de vuelo, se disparó hacia adelante a toda velocidad.

Escorzando la cabeza, Trafford pudo ver las luces intermitentes del cohete, que se elevaba con gradual aceleración. Realmente, la palabra cohete había subsistido como inercia del lenguaje; la nave, como la misma en la que él estaba encadenado, se movía por antigravedad.

En aquel instante, el cohete desapareció.

Su imagen fue sustituida por un colosal fogonazo. Trafford creyó que había nacido un nuevo sol.

Luego llegó el trueno de la explosión. La onda, violentísima, zarandeó al aeromóvil como una hoja en el huracán, pero no logró derribarlo. Al cabo de unos segundos, el piloto automático recobró el mando y el aparato continuó su vuelo imperturbablemente hacia la *Sierra*.

Trafford lanzó una mirada hacia el reloj. Ya sólo le quedaban ocho minutos de vida.

* * *

La *Sierra* quedaba hacia el Este y sus picachos se recortaban contra la debilísima claridad que anunciaba el nuevo día.

Trafford pensó que ya no vería la salida del sol.

El indicador de velocidad señalaba la cifra 450. En el reloj era ya las tres horas y cincuenta y ocho minutos.

Tres minutos más, ciento ochenta segundos, y todo se habría acabado.

Trafford inspiró con fuerza. Sí, sus atacantes tenían razón. No sentiría ningún dolor.

Tampoco ellos debían haberse enterado de lo ocurrido.

No habrían tenido tiempo de saber lo que sucedía. Un instante antes, eran seres vivos. En la fracción del segundo siguiente, ya no eran más que polvillo, cenizas…

Alguien había puesto una bomba. Estaba destinada para él, pero otros habían sufrido sus efectos.

Lo más irónico del caso era que aquellos sujetos, a fin de cuentas, iban a conseguir sus deseos. El no llegaría jamás a la «Retriever».

De nuevo miró el reloj.

Dos minutos. Quince kilómetros tan sólo.

El aire emitía un agudo gemido al ser perforado por el vehículo. Trafford se dijo si cerraría sus ojos en el último instante.

De súbito, alguien dio un tirón de la caja de control. Unas manos se apoderaron de los mandos. El aeromóvil se elevó en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Por debajo de su panza, desfiló velocísimamente una montaña de agudos contornos.

Atónito, Trafford volvió la cabeza.

—¡Rochester!

Pero no emitió ningún sonido, porque tenía la boca tapada. Las manos del individuo le arrancaron el esparadrapo.

—Parece que llegué a tiempo —sonrió Rochester.

Trafford emitió un hondo suspiro.

—Le diré una cosa: es usted la última persona a quien había esperado ver junto a mí. Si le dan las gracias por un favor, ¿las acepta?

—Claro —contestó el hombre—. Aguarde unos minutos. Voy a tomar tierra. Luego le quitaré las ligaduras.

Rochester hizo que el aparato perdiese velocidad, para descender en un pequeño prado, junto al que corría un arroyo murmurante. Una vez se hubo posado el vehículo en el suelo, empezó a cortar las cuerdas.

Para soltar las esposas, empleó un aparato que se parecía mucho a una pistola, aunque con el cañón de apenas medio milímetro de calibre.

—¿Qué es eso? —preguntó Trafford, asombrado.

—Un disgregador molecular. Corta cualquier cosa —explicó Rochester llanamente.

Segundos después, Trafford quedaba libre. Entonces, bruscamente, echó a correr.

—¡Eh! —gritó Rochester, alarmado—. ¿Adónde va?

Trafford no contestó. Rochester, pasmado de asombro, vio que el

joven se tiraba de cabeza al arroyo.

A los pocos minutos, Trafford salió del agua, empapado, pero sonriente.

—Necesitaba refrescarme —aclaró—. No sabe usted lo que se pasa, cuando se ve que la muerte está sólo a unos segundos de distancia. Creo que habré perdido un par de kilos… en sudor.

Rochester sonrió comprensivamente.

—Lo encuentro muy lógico —dijo—. Pero ahora está chorreando…

—Lo arreglaré en seguida.

Minutos más tarde, Trafford estaba frente a las llamas de una hoguera que ardía alegremente. El calor del fuego empezó a desprender vapor de sus ropajes.

—Y ahora, Roc, dígame una cosa con sinceridad: ¿Verdad que no ha actuado desinteresadamente?

—No —admitió Rochester—. Simplemente, mi compañero y yo le seguíamos, porque queremos que nos conduzca al lugar donde ha escondido a Binnie.

—Ya me parecía a mí —murmuró el joven con sorna—. En este mundo repugnante, nadie da nada por amor.

CAPÍTULO VII

Trafford se volvió de espaldas a la hoguera.

—Bien, Roc, ¿para qué diablos buscan a Binnie? —preguntó.

—No puedo decírselo —contestó al interpelado.

—Mire, yo sé que son de Bnatón y que poseen la facultad de polimorfismo, pero eso no me parece malo, a menos que intenten dañar a otras personas. Por otra parte, ustedes actúan aquí de forma absolutamente ilegal. Puede que sean policías en Bnatón, pero en la Tierra no tienen la menor autoridad.

—Eso ya lo sabemos, pero es que ella ha cometido un grave delito —insistió Rochester.

—¿Por qué no me lo explica con toda claridad?

—Lo siento. Mis reglamentos me lo impiden.

Trafford volvió la cabeza un poco.

—Roc, voy a hacerle una proposición, pero antes quiero recibir respuestas sinceras —dijo.

—Se lo prometo, Monte.

—Al detener a Binnie, ¿le van a hacer algún daño?

—Pero, ¿quién ha dicho que vayamos a detenerla?

Trafford se quedó atónito.

—Ustedes…

—Nosotros la buscamos, simplemente, para hablar con ella. Ha cometido un delito, ciertamente, pero no podemos detenerla. Simplemente, queremos tener una conversación con esa loca. Una vez lo hayamos conseguido, la dejaremos en paz.

—Entonces, piensan hacerle una especie de juicio…

—No exactamente, Monte.

—Estoy hecho un lío. Oiga, Roc, usted también es polimórfico,

¿verdad?

—Sí,

—Y, además, puede desplazarse con la velocidad del pensamiento —añadió Trafford.

—Cierto.

—¿Puede penetrar en las mentes de las personas?

—Sí, pero no lo hacemos. No sólo nos está prohibido, sino que nos repugna. A menos que sea una cosa de extraordinaria gravedad, nunca entramos en la mente de otro.

—¿Cómo juzgan que el caso es de extraordinaria gravedad?

Rochester sonrió.

—Usted estaba en un muy grave apuro —respondió.

—Ya —dijo Trafford—. Oiga, ¿tan listos que son… y no saben que Binnie está en mi casa?

—No se burle de mí, Monte. Ya nos tomó el pelo con aquel maldito florero…

—Roc, le juro que a las tres en punto, Binnie dormía como un tronco en el cuarto de huéspedes de mi casa. Vaya allí y la encontrará. Pero no olvide que confío en que cumplirán su palabra de no hacerle el menor daño.

—De eso puede estar absolutamente seguro —respondió el hombre.

Súbitamente, Rochester se convirtió en un torbellino de humo, que se alejó con tremenda velocidad. En un par de segundos, Trafford se encontró solo junto a la hoguera.

Perplejo, se frotó enérgicamente las posaderas. Allí, la tela de sus pantalones estaba todavía mojada.

—Espero que Binnie no se enfade conmigo —murmuró.

* * *

Cuando se abrió la puerta, Helena lanzó un agudo chillido de terror.

—¡No, no es posible! Tú estás muerto…

Trafford respingó.

—¡Caramba, Helena! ¿Acaso crees en los fantasmas?

Ella se le acercó y pellizcó su brazo un par de veces.

—Eres de carne y hueso… Pero ¿qué demonios ha ocurrido? He oído la noticia. Te dieron por muerto en la explosión que destruyó tu cohete…

Trafford rio amargamente, mientras se acercaba a la barra.

—Helena, este asunto es un secreto a voces —dijo—. Lo saben ya tantas personas, que aún no puedo explicarme cómo no se ha organizado una estampida hacia la «Retriever», como sucedía hace doscientos años, cuando se descubría un yacimiento de oro. Unos bandidos me atacaron, me inmovilizaron y luego se apoderaron del cohete. A menos de mil metros de altura, se produjo la explosión.

Había llenado una copa mientras hablaba, pero fue Helena la que se bebió su contenido.

—No acabo de creerlo —dijo, tras una fuerte inspiración.

—Acabas de pellizcarme —rio él.

—¿Sabes quiénes eran los que te atacaron?

—No, pero tengo una pista. He vuelto al astropuerto y allí también se han quedado pasmados al verme vivo. Los asaltantes utilizaron un aeromóvil idéntico al mío, incluso con la misma matrícula. Nadie se ocupó del cacharro, hasta que llegué yo. Entonces revisé la documentación y hallé a su propietario. Me he informado en la policía y el dueño no ha denunciado el robo.

—Eso significa que estaba de acuerdo con el secuestro del cohete.

—Suponiendo que no se encontrase también a bordo. Pero voy a empezar a investigar a partir de ahí, mientras tú te ocupes de procurarme otro cohete.

—Monte, si esto sigue así, no voy a obtener ningún beneficio de la operación —se quejó Helena.

—El cohete debía de estar asegurado, de modo que no perderás tanto como crees. Resultarás a la par, eso es todo.

Helena sonrió.

—Creo que tienes razón —dijo—. ¿Has ido al médico que cura las pituitarias enfermas? —preguntó, maliciosa.

—Me la ha curado —contestó él.

—Entonces…

Helena se colgó repentinamente de su cuello. Trafford se dejó abrazar. «Esta mujer es un volcán», pensó.

La mano de Helena recorrió su nuca. De súbito, Trafford se encontró a muchos metros de distancia del suelo.

Helena lanzó un chillido de terror. Trafford no estaba ahora entre sus brazos, sino en la palma de la mano derecha, increíblemente disminuido de tamaño, con una estatura que no superaba los cinco centímetros.

Trafford se echó al «suelo» que era la palma de la mano y se agarró desesperadamente a un repliegue de la epidermis.

—¡No me sueltes! —chilló, aterrado.

De la mano de Helena hasta el suelo había unos ciento veinte centímetros aproximadamente. Para Trafford, significaba tanto como hallarse a veinticinco metros de altura… en un «suelo» que temblaba convulsivamente.

—¡Monte! ¿Qué ha pasado? —gritó ella.

Trafford tuvo que taparse los oídos. Aquella voz parecía un trueno de elevado número de vibraciones sonoras.

—¡Habla más bajo! —pidió, con todas las fuerzas de sus pulmones.

Temblando de pánico, Helena dejó a Trafford sobre la barra. Los ojos del joven recorrieron el insólito panorama que era un salón, cuyas dimensiones, para él, habían aumentado, de acuerdo con su estatura original, treinta y ocho veces.

El cenicero le pareció colosal. En pie, su estatura no rebasaba ahora la altura del pedúnculo de la copa. Helena se inclinó y él vio un rostro descomunal, con una serie de impurezas en la piel, verdaderamente repulsivas.

—Monte…

La voz provocó un soplo de viento que dejó a Trafford sentado en el suelo.

—Helena, por favor —pidió él de mala gana.

—Pero ¿qué te pasa? No lo entiendo —lloró Helena—. Yo voy a volverme loca…

—¿Por qué no llamas a un médico?

—No podrá hacer nada. Eres una miniatura de hombre. Te han dado una droga empequeñecedora.

—Sí, y tendré que dormir en una cajita de hilos y comeré dos miguitas de pan y una brizna de carne —contestó él de mal humor—. Helena, ¿tú crees en las brujas?

—No, aunque puede que haya algo de verdad…

—Pues es cierto. —Trafford elevó la voz al máximo—. ¡Hay una bruja infame que me quiere mal! El día en que me la eche a la cara, la pondré sobre un montón de leña seca.

De repente, Helena, incapaz de resistirlo, se sintió mareada y tuvo que correr hacia un diván, en donde quedó tendida, con los ojos cerrados, tratando de evadirse de la realidad.

Entonces, surgió una mano gigantesca, se apoderó de Trafford y lo puso en el interior de un bolso.

Trafford golpeó desesperadamente las paredes del bolso con sus puños. El bolso empezó a moverse y tuvo que tenderse en su fondo, para soportar lo que le parecía un atroz balanceo.

Transcurridos unos minutos. Trafford se había resignado ya a aquel poco común medio de transporte, cuando, de pronto, oyó una voz bronca:

—Oye, guapa, abre el bolso. Te aseguro que no quiero nada más que la «pasta»; no me gusta dejar a la gente sin su documentación. Luego, los pobres tienen muchos líos, ¿comprendes? Yo soy un ladrón honrado, aunque no lo parezca. Si te quitase la documentación, no podrías comer ni comprar ropas ni recibir asistencia médica… aunque, con lo estupenda que estás, lo que necesitas no es precisamente un médico…

—De modo que sólo quiere el dinero —dijo Binnie.

—Exactamente —confirmó el locuaz salteador.

—Muy bien, tómelo usted mismo.

Binnie abrió el bolso. De repente, el ladrón vio que salía un hombre del interior del bolso.

Trafford se encontró de pie sobre la acera, frente al asaltante.

Con una risita burlona, Binnie dijo:

—Llevo siempre mi detective a cuestas, amigo.

El ladrón, de súbito, echó a correr, lanzando gritos histéricos. Binnie reía desaforadamente.

En cambio, Trafford la miraba de malísimo humor.

—Binnie, ¿qué tienes debajo de ese bonito pelo negro? ¿Sesos o una colmena de avispas locas?

Ella se puso una mano ante la boca.

—Dispénsame, pero no pude contenerme cuando vi que esa pájara quería devorarte…

—Cualquiera diría que tienes celos de Helena,

—Lo hago por tu bien, Monte.

Trafford avanzó el busto agresivamente.

—Binnie, si de veras quieres ayudarme…, ¡déjame en paz de una vez; ¿me has oído?!

—Pero, Monte…

—Esta madrugada estuve a punto de morir. No fuiste tú la que me salvó precisamente.

—¿Qué te ocurrió? Pensé que estabas en el cohete, pero, de pronto, capté unos pensamientos extraños.

—¿No dices que no penetras jamás en las mentes ajenas?

—Hombre…

Trafford cogió a la chica por los hombros.

—Binnie, te aprecio mucho, pero si quieres hacerme un favor, desaparece de mi vista. ¿Lo harás? ¿Eh?

—Entonces, ¿no quieres que te ayude?

—¡No!

—Pero, Monte, yo podría…

—Rochester y Franwoo están buscándote como locos. ¿No te encontraron en mi casa?

—No lo sé. Yo me fui en seguida. Tenía que hacer algo muy importante… Se me ocurrió de pronto…

—Está bien, está bien. Sigue tu camino. Es mejor así, ¿comprendes?

Binnie levantó la barbilla.

—Muy bien, pero si fracasas, no eches la culpa a nadie, sino a tu estúpido orgullo, que no te deja ver más allá de las narices. ¡Adiós!

Esta vez, Binnie se marchó taconeando vivamente. Trafford contempló unos instantes los seductores movimientos de unas firmes caderas, cubiertas por unos ajustados pantaloncitos cortos, pero el instante de atracción fue muy breve. A su vez, dio media vuelta y caminó unos cuantos pasos, hasta que vio la luz chispeante de un aerotaxi.

* * *

—Me gustaría hablar contigo, pero no aquí —dijo Trafford una hora más tarde, a la vez que introducía un billete enrollado en el tentador escote femenino.

Peggy sonrió.

—Mi apartamento está cerca —declaró.

—Entonces, vamos allá.

Momentos después, salían a la calle.

—¿Se te ha pasado ya el susto? —preguntó él.

—Un poco. Pero tengo que tomar sedantes. Esa horrible visión me persigue, Joe.

—Mi verdadero nombre es Monte. —Trafford pensó que ya no tenía

motivos para ocultar su identidad.

Peggy no hizo el menor comentario. Estaba acostumbrada a tratar con hombres que cambiaban de nombre con toda facilidad.

Minutos más tarde, ella le entregaba una copa.

—Puedes empezar —invitó.

—Se llama Homer Mugshiwar —dijo Trafford.

—Mugshiwar —repitió Peggy—. ¿Tienes algo contra él?

—Tenía. Está muerto.

Ella se asustó.

—Oye, tú no…

—Tranquila, nena. A Mugshiwar le mató otro. Voló con un cohete que hizo explosión. Pero quiero que me digas si sabes con quién se relacionaba.

Peggy se concentró unos instantes.

—Un par de veces le vi hablando con una mujer joven, un par de años menos que yo, bastante guapa, rubia, de pelo liso y largo…

—¿En *El Alegre Pirata*?

—No. Me parece que esa taberna no tiene el ambiente que ella debe de frecuentar. Los vi en la calle, no lejos del *Asteroid*. Incluso me dio la sensación de que salían de allí.

Trafford meditó unos instantes.

—El *Asteroid* es de un tipo llamado Grat Spade —dijo.

—Sí, eso creo. También tengo entendido que Mugshiwar y Spade eran muy amigos.

—Estupendo, Peggy; me has dado una magnífica idea.

Trafford besó a la joven en una mejilla y se dispuso a dejarla, pero Peggy tiró de su brazo y le miró con ojos brillantes.

—¿Tienes mucha prisa en ver a Spade? —preguntó.

Trafford la miró unos instantes. Luego respondió:

—Las prisas son la peor enfermedad del mundo.

—Eso mismo pienso yo —rio Peggy, mientras se situaba de modo que Trafford pudiera abrazarla sin dificultad.

Un buen rato más tarde, Peggy, lánguidamente, dijo:

—Por cierto, Spade perdió un familiar en la «Retriever». Por si no lo sabías, te diré que ese familiar era el comandante de la nave.

Trafford se irguió a medias, vivamente sorprendido por la noticia.

—¡Pero el comandante de la nave se llamaba Wallfox! —exclamó.

—Bueno, quizá yo no he sabido explicarme bien. El capitán Wallfox

estaba casado con una hermana de la mujer de Spade. El parentesco es político, pero tienen relación…; tenían, mejor dicho.

Trafford asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Será cosa de visitar a dos personas. Grat Spade y la viuda del capitán Wallfox —murmuró.

Peggy alargó los brazos hacia su acompañante.

—Pero sin prisas —le recordó insinuantemente.

CAPÍTULO VIII

El despacho del dueño del *Asteroid* tenía una alfombra de casi diez centímetros de espesor y estaba decorado con colores cálidos y agradables. Detrás de su mesa, Grat Spade, treinta y seis años, delgado, de ojos penetrantes y sonrisa cínica, miró a su visitante con una expresión en la que había mezcla de sorpresa y burla.

—Eres la última persona a quien habría esperado ver aquí —dijo—. Siéntate, Monte; te serviré una copa…

—No te molestes, Grat; no tengo ganas de beber —cortó Trafford fríamente—. Estoy aquí para algo más que una entrevista social.

—Tú y yo nunca fuimos buenos amigos. El hombre recto, incapaz de comprender las debilidades ajenas…

—Las comprendo y las disculpo hasta ciertos límites…, hasta el límite que señala la divisoria entre unas pequeñas trampas a la ley y el asesinato.

—No te entiendo, Monte.

—Yo tenía preparado un cohete para llegar a la «Retriever». Esa maldita nave está allá arriba, en órbita, sin que nadie se atreva a poner el pie en su interior. Los cuatrocientos tripulantes han desaparecido misteriosamente…, pero estaban allí cuando llegaban a los límites del Sistema Solar. Tres investigadores han desaparecido no menos misteriosamente. Ahora, yo quiero ir allá arriba y no encuentro más que obstáculos. Grat, ¿cuál es tu parte en este asunto?

Spade se reclinó en su sillón.

—¿Piensas que voy a decírtelo, Monte?

—Zane W. Wallfox era el capitán de la «Retriever». Su esposa, Nancy, es hermana de tu mujer.

—Y por dicha razón crees que yo tengo algún interés…

—Grat, en dos ocasiones me han puesto sendas bombas, aunque he tenido la buena suerte de escapar vivo. Me ataron al asiento de mi aeromóvil y lo enviaron, con el piloto automático previamente programado, en dirección a la Sierra. Alguien no quiere que yo suba a investigar la «Retriever», y pudiera ser que tú fueses uno de los interesados en que no se haga nada.

—No me hagas reír —se burló Spade—. Yo no tengo el menor interés en esa astronave.

—El enigma está en cierto pasaje del diario de a bordo, precisamente lo que no se ha escrito y que corresponde a parte de la estancia de la «Retriever» en Shallius. Tal vez tu cuñado te envió un mensaje reservado antes de que la nave se estacionase en una órbita alrededor de la Tierra.

Spade dejó de sonreír bruscamente. Trafford adivinó así que su disparo había dado en el blanco.

—Sí, la clave está en esas dos semanas cuyas incidencias no fueron anotadas en el cuaderno de bitácora. Bien, poco a poco se va conociendo la verdad, aunque es preciso admitir que todavía queda bastante para considerar aclarado el enigma.

Spade alzó el índice.

—Monte, ahora ya no perteneces al servicio. Eres un particular, como yo. Apártate de este asunto. Quema, ¿entiendes?

—Lo sé. Pero quizá Nancy, si pudiera hablar, te diría algo al respecto.

—¿Qué tiene que ver Nancy con este asunto…?

—Nancy y Tina son tan parecidas, que muchas veces las toman por hermanas gemelas, aun habiendo una diferencia de dos años entre ellas. A Nancy se la ha visto en más de una ocasión con Homer Mugshiwar. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto a Mugshiwar?

Spade se puso en pie bruscamente.

—Monte, no irás a decirme que Nancy…

—Sí, sospecho que fue ella la que voló con el cohete, junto con Mugshiwar y dos de sus secuaces. Es más, casi juraría que fue Nancy, porque cuando venía aquí, he hablado con tu esposa y aún vive.

La cara de Spade se puso gris. Trafford se echó a reír.

—No hay pruebas, pero se puede suponer, con toda certeza, que la bomba que me destinabas a mí, le explotó a Nancy en las narices —añadió.

—Esa condenada zorra…

—Te engañó, ¿verdad? Grat, ¿de qué te quejas, si tú te pasas la vida engañando a los demás?

Trafford se encaminó hacia la puerta.

—En medio de todo, eres un hombre afortunado. El capitán Wallfox ha muerto. Si estuviese vivo, te haría pedazos con sus manos. Pero quizá alguien lo haga el día menos pensando… y entonces, yo agarraré una buena borrachera, a la salud del tipo que te haya quitado de en medio.

Spade no contestó. Trafford le vio en pie, tras la mesa, pálido, mudo de rabia, pero también meditando sobre la forma de tomarse el desquite… y llegar a la «Retriever» antes que nadie.

Porque la visita a la viuda del capitán Wallfox había resultado infructuosa. La mujer que dirigió su secuestro no era otra que Nancy, hermana de Tina Spade.

Resultaba indudable que Spade y Nancy Wallfox se habían unido para conseguir llegar a la «Retriever» antes que ninguno, pero, por alguna razón que le resultaba desconocida, Nancy había querido anticiparse, lo que le había costado perder la vida en la explosión del cohete.

Se preguntó cuál era el misterio de la «Retriever». Binnie se lo había dicho tiempo atrás: el enigma quedaría descifrado cuando se supiera lo que los tripulantes de la nave espacial habían hecho durante dos semanas en Shallius.

Tras la visita a Spade, emprendió el regreso a casa. Era preciso aguardar a que Helena tuviera dispuesto el segundo cohete.

* * *

Antes de entrar, Trafford sacó de su bolsillo una especie de lápiz, de sección rectangular y de unos dos centímetros de grueso, que movió en semicírculo delante de la puerta.

Era un detector de explosivos. Después de los ataques de que había sido objeto, no podía descuidarse.

Apenas lo había puesto en funcionamiento, oyó gritos en el interior de la casa.

—¡Apaga eso, tú!

—¡Ten más cuidado, imbécil!

—Pero si yo no he hecho nada… No entiendo qué demonios ha pasado, Roc…

Trafford desenfundó su pistola de choque y empujó la puerta con la mano izquierda. Al abrir, vio a los dos bnatonianos parados en el centro de la sala, con las blusas chamuscadas en el lado izquierdo.

—Parece que no puedo despegarme de ustedes —dijo Trafford de buen humor—. ¿Qué les ha pasado, amigos?

Franwoo apagó la blusa chamuscada con una mano.

—Empezaron a arder sin saber por qué —rezongó.

—¿Llevaban algún aparatito especial? —preguntó Trafford.

—Pues…

—Calla, Fran —dijo Rochester severamente.

Trafford cerró la puerta y avanzó hacia el aparador de los licores.

—El polimorfismo no excluye que un trago de cuando en cuando siente bien —dijo—. ¿O no?

—Bueno, venga —admitió Franwoo de mala gana.

—¿Tenía usted alguna trampa preparada? —preguntó Rochester.

—No. Simplemente hice un «barrido» con mi detector de explosivos, que también capta mecanismos electrónicos extraños a los habituales en esta casa —dijo Trafford, mientras llenaba tres copas.

—Entonces, eso lo explica todo —rezongó Franwoo.

—Será para ustedes, aunque no para mí. ¿Por qué no me lo explican, amigos?

Franwoo y Rochester cambiaron una mirada. Al fin, el primero hizo un gesto de asentimiento.

—Ha destruido usted nuestros localizadores de personas bnatonianas, en estado de alteración de su aspecto habitual, es decir, cuando han tomado forma de otra cosa o de otro ser distinto —dijo Franwoo.

—¡Oh, creo que entiendo! Lamento muchísimo haberles causado ese disgusto, pero ¿cómo iba yo a suponer que ustedes estarían en mi casa?

—Deje, no se preocupe, tenemos repuesto —contestó Rochester.

—Lo celebro infinito —sonrió Trafford—. Y, díganme amigos, con ese aparatito, ¿es posible localizar a un polimórfico que está bajo una apariencia distinta a la actual?

—Desde luego.

—Pero no han localizado a Binnie.

—Es que… —Rochester se volvió hacia su compañero—. Fran, temo que no vamos a tener otro remedio que decírselo.

—Es de confianza, Roc —calificó Franwoo.

—Muchas gracias, amigos —sonrió Trafford.

—Binnie tiene el antidectector. Eso está severamente prohibido por nuestra ley. Ella puede quedarse en la Tierra y bajo este aspecto o el que le apetezca, pero su obligación es devolver ese aparato, que no puede utilizarse sin un permiso especial de nuestro Gobierno.

—Y ella no tiene ese permiso.

—No.

Trafford se frotó la mandíbula pensativamente.

—Hagamos un trato —propuso.

—Diga —pidió Rochester ávidamente.

—Yo procuraré que Binnie devuelva el antidetector. A cambio, ustedes me ayudarán…

—Si hemos de penetrar en la mente de otras personas, ni hablar —dijo Franwoo.

El joven sonrió.

—No pido tanto —aseguró—. Pero estoy en un grave aprieto y necesito la ayuda de dos buenos chicos como ustedes. Ahora ya sé que no intentan hacer daño a Binnie y eso me basta para otorgarles mi simpatía. Aparte del hecho de haberme salvado la vida.

—De acuerdo, pero ¿qué hemos de hacer? —preguntó Franwoo.

—Se lo diré en el momento adecuado. Ahora, márchense y vuelvan mañana a las nueve. Les tendré preparado un trabajito especial.

Rochester y Franwoo se marcharon. Al quedarse solo, Trafford sonrió, a la vez que se servía una nueva dosis de licor.

—¡Binnie, sal, ya se han ido! —llamó.

* * *

Sobre una repisa, había unos cuantos libros, lujosamente encuadernados en rojo y oro, con dos sujeta libros a ambos lados, en forma de elefantes que empujaban en sentido inverso. Uno de los libros desapareció de pronto y los elefantes empujaron, para que el resto de los libros tomase la posición adecuada,

—Lo he oído todo —dijo Binnie muy enojada.

—Me alegro muchísimo. Así sabrás lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—No, no entregaré el antidetector…

—Binnie, no me obligues a emplear la violencia.

Ella adelantó el busto y le sacó la lengua.

—Atrévete a ponerme la mano encima,..

Impasible, Trafford destapó la botella de brandy.

—El alcohol anula la facultad del polimorfismo —dijo.

—¡No seas tonto! Yo he bebido vino y brandy y no me ha pasado nada.

—Porque el alcohol que contenía esas bebidas ha sido transformado en el interior de tu organismo. Pero eso no sucede cuando te moja la piel, ¿comprendes? —mintió él descaradamente.

Ella se quedó muy pensativa.

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó.

—Si quieres, hacemos la prueba —dijo él, a la vez que levantaba la botella y empezaba a inclinarla sobre la cabeza de la chica.

—¡No! —gritó ella—. No lo hagas…, pero si quieres que te entregue el antidetector tienes que contarme tus planes. ¿Qué les vas a pedir a Rochester y a Franwoo?

Trafford se lo explicó. Binnie abrió los ojos.

—Una idea estupenda —aprobó—. A mí no se me habría ocurrido, créeme.

El zumbador del videófono sonó en aquel instante.

—Perdona, Binnie —dijo él.

Trafford se acercó al aparato y tocó la tecla de contacto. Un rostro conocido apareció de inmediato en la pantalla.

Era la cara de un hombre que él conocía bien, un tipo de casi cuarenta años, de facciones angulosas y fino bigotito negro, en cuyos delgados labios se veía una expresión sardónica.

—Hola, Monte —saludó el sujeto—. Estás vivo, veo.

—Tienes unos ojos en magníficas condiciones, Ben Bates… Oh, perdona un momento; llaman a la puerta. Vuelvo en seguida.

—Pero…

Trafford se apartó del objetivo de la cámara. Binnie estaba a un lado y él la llamó con un gesto. Cuando la chica se le acercó, Trafford le dijo algo al oído, muy rápidamente.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó, al finalizar.

—Claro —contestó ella.

—¿Sin correr ningún riesgo?

—Sin riesgos, Monte.

—Bien, entonces, adelante.

Bates vio de nuevo a Trafford frente a su pantalla.

—Era una vecina. Me pedía un libro y se lo he dado —explicó Trafford.

—Lástima. Escapaste de la bomba del cohete, pero tu vecina no podrá devolverte el libro. ¡Adiós, Monte!

Un rayo de luz deslumbrante brotó del objetivo de la cámara. Alcanzó de lleno a Trafford y lo convirtió en un poco de humo, que se disipó a los pocos segundos.

* * *

—¿Lo he hecho bien? —preguntó Binnie, momentos más tarde.

Trafford cerró el índice y el pulgar en un círculo.

—Estupendamente bien —contestó—. Bates se ha tragado la historia como un chiquillo de pocos años. Jamás pudo sospechar que lo que veía era una imagen mía, que tú habías proyectado ante la pantalla.

—Pero sabías que iba a lanzarte una descarga…

—Con tipos como Bates, es preciso pensar en todas las eventualidades. Simplemente, ha aumentado hasta límites increíbles la potencia de los rayos catódicos de la pantalla. Está prohibido, pero se hace en ocasiones.

—Entonces, ahora te cree muerto.

—Sí. Binnie, ¿qué pasó en Shallius?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Sospecho que lo que sucede en la «Retriever» tiene mucho que ver con su estancia en aquel planeta, pero no se me ocurre nada claro al respecto —contestó—. Sólo sospechas…

—Muy bien, ya lo averiguaré cuando esté a bordo de la nave espacial. Ahora, por favor, dame tu antidetector.

—¿He de hacerlo? —preguntó ella, muy deprimida.

—Lo siento por ti, pero he dado mi palabra a Roc y a Fran. Vendrán mañana por la mañana y necesito su ayuda.

—Eso significa que a mí no me necesitas para nada.

—Binnie, no te pongas dramática —gruñó Trafford, a la vez que alargaba la mano derecha.

Ella se resignó y separó la hebilla de su cinturón. Debajo había una presilla que lo sujetaba en la misma posición.

—Tómalo y ojalá os explote en las narices —dijo, despechada.

—Binnie, trata de ser comprensiva…

—Déjame, estúpido.

Binnie rechazó la mano que le tendía Trafford. Luego, de pronto, convertida en un chorrito de humo, desapareció de la estancia.

Trafford meneó la cabeza.

—Es como todas: ininteligible —mascculló.

CAPÍTULO IX

Rochester y Franwoo se hicieron visibles a las nueve en punto de la mañana. Trafford les enseñó el antidetector.

—Lo ha conseguido —dijo Franwoo jubilosamente.

—Sí, pero hicimos un trato, no lo olvidéis.

—Cumpliremos nuestra palabra —afirmó Rochester.

—Está bien. Roc, mira a ver si puedes convertirte en mi doble.

—Claro —sonrió el individuo.

Trafford contempló unos instantes la transformación que se había operado en Rochester. Luego se volvió hacia el otro.

—Fran, ahora te toca a ti.

Franwoo se transformó igualmente. El auténtico Trafford sonrió complacidamente.

—Sentaos. Voy a preparar café y mientras hablaremos.

La conversación, prácticamente un monólogo de Trafford duró una hora larga. Al finalizar, los dos bnatonianos se mostraron completamente de acuerdo. Pero cuando Trafford les formuló una última petición, dudaron,

—No sé si se podrá…

—Nunca se ha intentado…

—¿Por qué no hacemos una prueba? Oh, no quiero que esto me dure demasiado; en realidad, sólo durante el viaje, claro que ha de ser a partir de ahora —alegó Trafford.

Rochester asintió.

—Bien, vamos a intentarlo, pero ya estás prevenido; no dudará más que hasta tu regreso.

—Fijemos una fecha —añadió Franwoo—. Una semana, como máximo, contada a partir del instante en que las pruebas den resultado

satisfactorio.

—De acuerdo.

Los ensayos duraron toda la mañana. Al terminar, Trafford declaró que se sentía agotado, pero muy satisfecho.

—Vamos a comer —propuso.

Franwoo se encaminó hacia la dispensadora de alimentos. Trafford le detuvo en el acto.

—Eso es para cuando se tiene prisa —dijo, riendo—. En las ocasiones solemnes, hay que preparar algo mejor.

Media hora más tarde, Trafford, en el horno ultrarrápido, había asado un enorme trozo de pierna de ternera, que adornó con patatas, cebollas tiernas, tomates y hojas de lechuga. Un par de botellas de buen vino tinto completaron el menú, que hizo poner los ojos en blanco a los dos bnatonianos.

Al terminar, Trafford sirvió café y licores. Media hora después dijo que se marchaba:

—Podéis usar mi casa, siempre que gustéis, pero no olvidéis mis instrucciones —se despidió.

Una hora más tarde, Trafford estaba en presencia de un antiguo conocido suyo, al que enseñó un buen fajo de billetes.

—Lo necesito para mañana sin falta —dijo.

El amigo se quejó de que era poco tiempo, pero Trafford se mostró inflexible. Al fin, el amigo cedió y se comprometió a facilitarle el cohete.

Trafford no se detuvo en toda la tarde. Al finalizar el día, había conseguido averiguar algo muy importante: Ben Bates y sus dos secuaces más fieles, partirían al día siguiente hacia la «Retriever», a primera hora de la mañana.

El cohete de Trafford despegaría una hora más tarde. Era todo cuanto había podido conseguir su amigo.

* * *

Seguido de sus dos esbirros, Bates se apeó del aeromóvil y se encaminó hacia el cohete, que se erguía brillante en uno de los extremos del astropuerto. Bates se acercó a una de las patas sustentadoras y presionó la tecla que haría abrirse la escotilla y salir la escalera de acceso.

Un chorro de agua brotó de aquella pata y le bañó el rostro. Bates soltó una espantosa maldición:

—Pero ¿qué diablos pasa aquí?

—Está perdiendo combustible, jefe —dijo uno de sus acompañantes.

—¡No hay combustible en las patas, maldita sea!

Bates apretó de nuevo el botón. Esta vez, su mano se hundió hasta el codo en el soporte cilíndrico.

Uno de sus secuaces se puso a reír histéricamente. Bates retiró el brazo, vivamente impresionado por algo que no comprendía en absoluto.

—Si alguien se quiere burlar de mí…

Por tercera vez, apretó la tecla. Ahora se abrió la escotilla y la escalera de peldaños metálicos descendió hasta el suelo.

—¡Vamos, arriba! —dijo Bates, a la vez que ponía el pie derecho en el primer escalón.

Puso el pie izquierdo en el otro peldaño y continuó los movimientos alternativos de sus piernas. Pero por más que se esforzaba, no ganaba un solo palmo de altura.

La escalera parecía descender con el peso de su cuerpo. Era como si intentase subir por una gran rueda de paletas. Cada uno de sus pasos, hacía descender un escalón.

—Adiós, jefe —dijo uno de sus esbirros súbitamente aterrado.

Bates se volvió hacia el otro.

—¿Y tú? —preguntó agresivamente.

—Me quedo —dijo el sujeto.

Bates inspiró con fuerza. Puso el pie en el primer peldaño y, sorprendentemente, permaneció fijo. Casi lanzó un aullido de alegría.

—Vamos, Rocky.

Rocky le siguió. Alcanzaron la plataforma de la escotilla y, de repente, se encontraron en el suelo, al otro lado de la nave.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —chilló Bates.

Rocky sacó un pañuelo.

—¡Adiós, jefe!

Un segundo después, Bates se había quedado solo. Con gesto receloso, dio la vuelta al cohete, como si temiera verlo convertirse de repente en un ser vivo.

Parado ante la escalerilla de acceso, meditó unos segundos. De súbito, echó a correr y trepó a la escotilla en unos cuantos saltos. Esta vez, todo permaneció normal y no sólo no pasó al otro lado, sino que consiguió alcanzar el puesto de pilotaje.

Cerró la escotilla por control remoto. Luego empezó a manipular las teclas que provocarían la puesta en marcha de los mecanismos que harían funcionar la nave.

De repente, se encontró sentado ante el teclado de un órgano majestuoso. En lugar de los zumbidos y chasquidos habituales, oyó las majestuosas notas de la *Toccata y Fuga en re menor*, de Bach.

Bates permaneció unos momentos escuchando aquellas maravillosas armonías. Luego abandonó la cámara. Cinco minutos después, estaba en la oficina de vuelos del astropuerto, ante un asombrado controlador, al que le dijo:

—¿Ve aquel cohete, amigo? Pues no es un cohete, sino una catedral gótica del siglo XIV y yo soy su maestro organista…

De pronto, Bates apoyó la cabeza en el hombro del empleado y se echó a llorar.

—Soy muy desgraciado… —gemía.

Y otros cinco minutos más tarde, Bates dormía profundamente, a consecuencia de una inyección sedante que le había propinado el médico del astropuerto.

Entonces, silbando alegremente, Trafford pasó por las oficinas de vuelo, a fin de regularizar la documentación de su viaje a la «Retriever».

«Gracias, muchachos», se dirigió mentalmente a Rochester y a Franwoo. Bates, pensó, estaba fuera de combate.

Esperaba que otros posibles competidores dejaran de serlo, con la ayuda de sus dos amigos bnatonianos.

Minutos después, se hallaba instalado a bordo de su cohete. Cuando la torre de control le dio permiso, alzó el vuelo.

Calculó el tiempo. Dados los reglamentos, debería trazar tres órbitas en torno a la Tierra, en espiral saliente, antes de equiparar su trayectoria con la de la «Retriever». La computadora le dio los cálculos de tiempo precisos: tres horas y media para la primera órbita, dos y media para la segunda y dos para la tercera.

El tiempo superior empleado en la primera órbita tenía su explicación, ya que era preciso acelerar gradualmente, hasta alcanzar la velocidad ideal. En cuanto a un tiempo inferior para la tercera órbita, de un radio mucho mayor al de los anteriores, era debido al hecho de que no se completaría, ya que antes de cubrir los tres quintos de la órbita, estaría aproximándose a la nave espacial.

Reclinado en el asiento, contempló desde las lucernas el sol que salía con rapidez por Oriente.

Luego pensó en la cosa tan horrible que había visto su amigo Pedro Álvarez antes de que su voz se apagase definitivamente. ¿Qué espantosos monstruos había a bordo de la «Retriever»?

* * *

El zumbido del videófono hizo saltar en la cama a Grat Spade. Alargó una mano y tocó la tecla de contacto. El rostro de uno de sus espías, Perry Shames, apareció de inmediato en la pantalla.

—Jefe, tengo que decirle algo muy importante…

—Perry, tiene que ser «muy» importante para que me despiertes a estas horas de la mañana. Si no lo es, cuenta que te despellejaré vivo.

—Pero, jefe, si son las diez y media…

—Está bien, basta de cháchara, habla de una vez, maldita sea.

—Monte Trafford está volando ya hacia la «Retriever».

—¿Cómo? —aulló Spade.

—Lo que oye, jefe. Le vi en el astropuerto…, y también he visto a Ben Bates, pero a éste le han puesto una camisa de fuerza. No sé qué diablos habrá pasado, pero se ha vuelto loco…

En aquel momento, Spade oyó la campanilla de la puerta.

—Aguarda un momento, Perry; no te retires.

Saltó de la cama y en bata y zapatillas, se dispuso a abrir. Cuando hubo abierto, se encontró cara a cara con Trafford.

—Hola, Grat —saludó el visitante con jovial sonrisa.

Spade lo miró de hito en hito durante unos segundos. Luego, de pronto, dijo:

—Ven conmigo, Monte.

—Claro.

Spade guio al visitante hasta el dormitorio y lo hizo situarse ante el videófono.

—Perry, maldito imbécil, ¿ves quién está aquí?

El espía se quedó con la boca abierta.

—Pero…, jefe…

—Estás despedido, Perry. —Spade cortó la comunicación de un manotazo y luego se volvió hacia el visitante—. Bien, dime qué diablos quieres, Monte.

—Nada, ya veo que estás muy ocupado. Volveré otro momento. Adiós.

Antes de que pudiera decir nada, Spade se quedó solo.

A la misma hora, Helena Westbury terminó de arreglarse. Ajustó el cinturón de su traje de una sola pieza, colgó del mismo el bolso con toda la documentación y se dispuso a salir.

Entonces, oyó el timbre de la puerta, Cuando abrió, se encontró cara a cara con Trafford.

—Tú —exclamó.

—El mismo, preciosa. Helena, te veo más guapa que nunca…

—Déjate ahora de tonterías —contestó ella con aspereza—. Tengo prisa, Monte.

—Yo creo que no tienes prisa —sonrió el visitante, a la vez que cerraba la puerta.

—¡Monte, aparta, imbécil! Déjame pasar… Tengo que hacer una visita muy importante…

—A ti te han hecho una visita «muy» importante —dijo él con ardiente voz.

De pronto, la abrazó con fuerza. Helena intentó resistirse, pero los labios masculinos se aplastaron ansiosamente contra los suyos.

—Monte —jadeó segundos después—. Déjame…, por favor, te lo pido…, suéltame.

Inesperadamente, Helena se encontró suspendida en los brazos del apasionado visitante.

—No tienes ninguna prisa —dijo él, mientras cruzaba la sala—. No tienes prisa y no hay nada más importante que el amor.

—Monte… —dijo ella, completamente desfallecida. Sabía lo que iba a suceder, sabía que era un grave contratiempo para sus planes…, pero él tenía razón: había algo mucho más importante.

* * *

Trafford consultó su reloj. Había despegado a las cinco y cincuenta y nueve en punto. Teniendo en cuenta que el vuelo duraría ocho horas, la llegada a la «Retriever» se produciría alrededor de la una.

Consultó los instrumentos. Todo marchaba perfectamente. El piloto automático se encargaba del gobierno del cohete. Eran casi las siete de la mañana y pensó que podía prepararse sin prisas un buen desayuno.

Rochester y Franwoo secundarían sus planes. Uno de los dos, se dijo divertidamente, resultaría muy afortunado.

«Con tal de que Helena no lo note…», pensó, mientras cruzaba el

estrecho pasillo que conducía a la pequeña cocina de la nave.

De pronto, percibió olor a café y oyó el crepitar de los huevos en la sartén. Una sonora maldición se escapó de sus labios al comprender lo ocurrido.

—¡Hola! —dijo Binnie desenvueltamente, sin volver la cabeza—. Siéntate, Monte; el desayuno estará listo dentro de un par de minutos.

—Traidora —gruñó él.

Binnie se echó a reír.

—Comprenderás que no podía dejarte solo —dijo—. Por cierto, has tenido un éxito fabuloso. Jamás había visto a un tipo tan desconcertado como Ben Bates. ¿Cómo lo has conseguido?

—Hice un trato con tus amigos, los policías de Bnatón. Ellos me traspasaron en parte sus poderes, pero sólo para esta ocasión.

—En medio de todo, son unos buenos chicos. —Binnie se volvió y puso sobre la mesa un apetitoso plato de huevos con jamón—. Aquí, en la Tierra, tenéis unos alimentos muy sabrosos. Anda, empieza ya; luego hablaremos…, aunque antes me gustaría saber qué hacen Franwoo y Rochester.

—Han tomado mi aspecto —dijo él.

—¿Tu… aspecto?

—Sí. Alguien tiene que creer que yo sigo todavía allá abajo.

Binnie trajo la cafetera humeante, las tostadas, la mantequilla y la mermelada.

—¿Quiénes, Monte?

—Spade y Helena.

—Oh, comprendo.

La chica se sentó frente a él y empezó a untar de mantequilla una de las tostadas.

—Si esto sigue así, voy a engordar hasta ponerme como una ballena —dijo—. ¿Qué sospechas de esa pareja?

—Todo y nada, aunque te parezca raro. Pero he preferido protegerme de alguna manera.

—Esto está muy bien. ¿Notará Helena la diferencia?

—¿Por qué la ha de notar? ¿Es que no saben transformarse con toda exactitud?

Ella le miró maliciosamente.

—Monte, hay cosas muy «personales», que pueden ser adveradas pese a la transformación —dijo—. ¿A cuál de los dos le ha «tocado» en

suerte Helena?

Trafford hizo un encogimiento de hombros.

—Eso es cuenta de ellos. Pero a mí me gustaría saber por qué estás aquí —solicitó hoscamente.

—Necesitarás mi ayuda. Recuerda: tres hombres murieron al tratar de investigar en la «Retriever». No quiero que tú seas el cuarto.

—¿Tienes algún interés personal en ese enigma?

—Sí.

—¿Qué interés, Binnie?

—Tú, Monte.

CAPÍTULO X

La «Retriever» orbitaba silenciosamente en el espacio, a treinta y seis mil kilómetros del planeta, que se veía abajo blanco y azul. Casi parecía, dada su peculiar forma, un ataúd, pero las antenas y otros complementos que sobresalían de su superficie, desvirtuaban bien pronto la primera impresión. En todo caso, si todos sus tripulantes habían muerto, era un ataúd gigantesco, de casi seiscientos metros de largo, por ochenta de altura y ciento cuarenta de ancho, lo que representaba un volumen superior a los seis millones y medio de metros cúbicos.

Era una masa impresionante, que abrumaba con su majestuosidad, a medida que el cohete se acercaba a la esclusa principal. Algunas lucernas se veían iluminadas, pero nadie hizo la menor señal, cuando Trafford emitió los destellos que harían funcionar la compuerta exterior.

Con infinita lentitud, el cohete se acercó a la compuerta que, dividiéndose en dos mitades que se deslizaban silenciosamente a ambos lados, les permitiría el acceso al interior. La esclusa estaba brillantemente iluminada.

Había un par de naves auxiliares en aquel amplio hangar. Trafford hizo que su cohete se posara en el suelo. Inmediatamente, la esclusa exterior empezó a cerrarse.

Frente a ellos, había un cartel iluminado, en rojo, indicador del vacío de la esclusa. Al cabo de unos minutos, pasó a verde y apareció el rótulo de «Presión normal». Trafford se dispuso a abrir la escotilla de su cohete.

De pronto, algo centelleó en el cuadro de mandos. Era una luz roja de alarma, cuyo significado captó bien pronto.

—¡Quieta, Binnie! Esa luz verde es una trampa.

—¿Cómo?

—Aunque señala presión normal, no hay atmósfera. Tenemos que ponernos trajes de vacío.

—¿Estás seguro, Monte?

—El cohete tiene un detector exterior, que se ha puesto en funcionamiento apenas he iniciado el proceso de apertura de la escotilla.

—Entonces, esa luz verde es una trampa,

—Sí.

—Me gustaría saber quién ha tendido esa trampa.

—Para eso estamos aquí, creo.

—Cierto, aunque nosotros también tenderemos nuestras propias trampas.

—¿Qué es lo que quieres decir, Binnie?

—Aguarda un poco, ya lo sabrás. Vamos a ponernos los trajes de vacío.

La operación duró alrededor de un cuarto de hora. Antes de colocarse las escafandras, Binnie puso un hilo de alambre de cobre en torno a las sienes del joven.

—¿Para qué es esto? —preguntó él, intrigado.

—No quiero que nadie interfiera tus pensamientos y te haga cometer un disparate.

—Creo que entiendo…

—Lo celebro —sonrió Binnie, mientras repetía la operación consigo misma. Una vez con las escafandras puestas, probaron la radio y el suministro de aire.

—Todo en orden —dijo él—. Vamos.

Binnie extendió una mano.

—Aguarda unos instantes. Permíteme que, a partir de ahora, sea yo quien lleve la iniciativa.

—Pero…

—Hazme caso, te lo ruego. Abre la escotilla.

El aire del cohete escapó con violencia. Trafford se estremeció al pensar en lo que habría podido suceder de no haber advertido a tiempo la trampa que les había sido tendida.

—Quieto —dijo Binnie a media voz.

De pronto, lleno de estupefacción, Trafford vio a dos personas, vestidas con trajes de vacío, que se alejaban del cohete hacia la compuerta interior. En un instante, comprendió que eran proyecciones

de la mente de Binnie.

—No te muevas —insistió ella.

Aquellas dos personas llegaron junto a la compuerta inferior. Una de ellas accionó el mando de apertura. Las dos pesadas hojas empezaron a deslizarse a ambos lados

Súbitamente, algo horripilante apareció al otro lado de la compuerta. Trafford creyó que soñaba.

Era una mezcla de pulpo y cocodrilo, con una docena de tentáculos escamosos, cada uno de los cuales tenía una serie de espinas de unos diez centímetros de largo, oscuras, afiladas como puñales y que se movían con ritmo independiente de los tentáculos. La cabeza, alargada, tenía una boca que parecía un pico de ave rapaz, de casi dos metros de largo y armada con unos dientes que daban pánico sólo de verlos.

Los ojos eran hexagonales, con una veintena de facetas, cada una de las cuales emitía un brillo de distinto color. El diámetro de aquellos ojos no bajaba de los treinta centímetros.

Lo más horrible de todo era que los tentáculos sobresalían de la parte posterior de la cabeza, proyectándose hacia adelante, como los cabellos de la Medusa mitológica. El cuerpo, alargado, estaba sostenido por dos patas, también escamosas, que se bifurcaban a unos cuarenta centímetros del suelo, terminadas en unos pies con garras de veinte centímetros de longitud.

La altura total de aquel horrible ser era de unos seis metros. De repente, sus tentáculos se dispararon, atraparon a los dos astronautas y los condujeron hacia la bocaza, que los destrozó en pocos instantes.

Se oyeron unos horribles chillidos de dolor. Luego, dos fláccidos trajes de vacío, completamente ensangrentados, cayeron al suelo.

El monstruo desapareció a los pocos instantes. Binnie sonrió, satisfecha.

—Ahora ya podemos salir, Monte —dijo.

—Pero…, esa fiera…

—Esa fiera ya no es peligrosa y yo sé cómo neutralizarla. ¡Vamos!

Trafford se dirigió hacia la escotilla. Alargó la mano para asir un agarradero, pero, de pronto, vio que se había quedado sin brazo.

—¡Binnie! —chilló.

Algo le golpeó amistosamente en un costado.

—Estoy aquí —dijo ella.

Trafford volvió la cabeza.

—Pero no te veo… Y yo tampoco me veo a mí mismo…

—Estamos muertos, ¿no lo recuerdas?

—Binnie, por el amor de Dios, no me vuelvas loco.

—Esta es nuestra trampa, cariño. Ahora somos invisibles y ellos no pueden penetrar en nuestra mente.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los habitantes de Shallius que se infiltraron en la «Retriever».

* * *

Helena Westbury estiró voluptuosamente los brazos y miró con ternura al hombre que tenía a su lado.

—Esta vez —dijo—, parece que no hubo obstáculos.

Bajo la apariencia de Trafford, Rochester emitió una sonrisa complacida.

—No, no los ha habido. —Rochester ignoraba a qué se refería aquella hermosa mujer, pero se dijo que le convenía seguirle la corriente—. ¿Ves como no tenías tanta prisa?

Helena le abrazó ardientemente.

—Empiezo a reconciliarme contigo —dijo.

Rochester la besó. Luego se separaron un poco. Helena sonreía cálidamente.

—Hoy te has mostrado completamente desconocido, Monte.

—¿De veras?

—Tan… ardiente —suspiró ella—. Bésame otra vez, cariño.

Las dos bocas se confundieron en un cálido beso. De pronto, sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién diablos será a estas horas? —masculló Helena, vivamente enojada.

—Déjalo…

—Espera un instante, querido. Echaré a patadas al que sea y volveré en seguida.

De súbito, Helena vio que las facciones de Trafford se transformaban en las de un desconocido. Rochester, alarmado, se dio cuenta de que había relajado su guardia mental y recobró de nuevo el aspecto de su amigo terrestre.

Helena se levantó, parpadeando asombrado.

—No he bebido —murmuró—. Debe de haber sido una ilusión…

Se puso una bata, salió del dormitorio y, tras cruzar la sala, abrió la puerta.

Spade estaba en el umbral.

—¿Qué haces aquí? —exclamó ella, alarmada—. Te dije que no…

—Es urgente, Helena. Tenemos que damos prisa. Trafford sigue en la Tierra. Si nos damos prisa, podemos llegar a la «Retriever» antes que él.

—¿Cómo sabes que Trafford está todavía aquí?

—Acabo de hablar con él. Estuvo en mi casa hace menos de media hora…

—Grat, no digas tonterías. Eso es imposible.

—¿Crees que estoy loco, como Bates, al que le han tenido que poner una camisa de fuerza?

—Por lo que estoy oyendo, a ti te haría falta otra, Grat.

Spade miró fijamente a la joven durante unos segundos. Luego, de súbito, la apartó a un lado con un fuerte empellón.

Helena cayó chillando. Spade se encaminó rectamente al dormitorio. Un hombre agitó la mano alegremente.

—Hola —dijo Rochester.

Spade parpadeó.

—Helena, tú me has engañado —barbotó—. Ahora ibas a aliarte con Trafford…

Ella se había puesto en pie. Súbitamente, Spade sacó una pistola electrocutante.

Helena gritó, aterrada. Spade apretó el gatillo, pero todo lo que salió del arma fue un minúsculo chorrito de agua, junto con un ridículo maullido.

Spade, aturdido, miró el arma. Helena, de pronto, rompió a reír histéricamente.

—En lugar de pistola, podías haber traído una escoba —dijo.

La pistola se convirtió súbitamente en una escoba. Spade la soltó, como si fuese un reptil.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí?

—A mí me olía el aliento… Trafford se hizo pequeño como un enanito… —Helena reía hasta descoyuntarse—. Grat, estamos locos, locos…

Hubo un momento de silencio. Luego, Spade, apretando los labios, dijo:

—Creo que ya sé lo que sucede. Por ahora, he perdido, pero conozco

la manera de contrarrestar el influjo hipnótico de Trafford.

Con paso resuelto, se encaminó hacia la salida, pero, de pronto, cuando ya estaba junto a la puerta, se encontró veinte pasos más atrás.

Volvió a andar. La puerta se alejaba constantemente. Nunca conseguía alcanzarla.

Helena frunció el entrecejo. Spade andaba y andaba…, pero sólo movía las piernas, sin ganar un solo metro de terreno.

¿Era posible que Trafford hubiese desarrollado de tal forma sus poderes hipnóticos, que les hiciera ver lo que no era cierto?

De pronto, vio a un hombre que salía del dormitorio, apoyado en un bastón. Tenía el pelo completamente blanco y parecía muy cansado.

—Adiós, hijita. Ha sido maravilloso…, pero me has sorbido la juventud. A partir de ahora, me dedicaré a tomar el sol en un banco…

El anciano carraspeó ruidosamente. Spade, harto ya, había dejado de mover las piernas.

—¿Quién es ese viejo? —preguntó, pasmado.

Rochester se volvió hacia el sujeto.

—Amigo, si no quiere envejecer de golpe cincuenta años, deje a esta mujer… —Tosió un par de veces más y luego, arrastrando los pies, se encaminó hacia la puerta.

A Helena le dio un ataque de risa, pero era histerismo puro. Spade reaccionó al fin y cargó con ella, arrojándola a la bañera sin contemplaciones. Ella gritó cuando el agua fría la empapó completamente, pero el remedio cortó su histeria.

—Sé lo que ha pasado —dijo Spade ceñudamente—. Es tarde ya para ir a la «Retriever», pero Trafford es lo suficientemente astuto como para regresar incólume. Le esperaremos, Helena.

La joven, con los cabellos pegados a las sienes, le miró aturdidamente.

—¿Crees que… que lo conseguirá? —preguntó.

—Ese tipo no era él, sino un amigo suyo…, como el que fue a visitarme. —De pronto, Spade se volvió hacia ella—. ¿Es que no has oído hablar nunca de razas extraterrestres polimórficas?

—No, nunca…

—Yo, sí, y creía que eran historias, pero ahora he tenido ocasión de convencerme de la verdad. Helena, te aseguro que cuando Trafford regrese, se va a llevar una gran sorpresa. La mayor de su vida.

—Pero tú has querido matarme —le recordó ella.

—Oh, era sólo una broma. —Spade rio siniestramente—. Lo que le va a pasar a Trafford no será una broma, créeme.

CAPÍTULO XI

—De modo que somos invisibles.

—¿No lo estás viendo? —dijo Binnie, riendo alegremente.

—Pueden oírnos…

—Somos como espíritus, ni nos ven, ni nos oyen, ni nos sienten. Y el monstruo que hemos visto no era tal, sino una ilusión de nuestros sentidos.

—¿Por qué?

—Creo saberlo, pero prefiero esperar a confirmarlo. Ten un poco de paciencia, por favor.

El silencio a bordo de la nave era total. Trafford, aunque no se veía a sí mismo, podía, en cambio, captar todos los detalles. Resultaba deprimente caminar por el interior de aquella inmensa construcción, en la que ordinariamente reinaba una actividad febril, pero en donde ahora no se advertía el menor movimiento.

Los puentes, las cubiertas, los distintos niveles, estaban vacíos y silenciosos. Ascensores y escaleras mecánicas aparecían parados. Sin embargo, en alguna parte, doce poderosos motores, de funcionamiento prácticamente ilimitado, continuaban suministrando energía, aire, luz y calor a la nave, todo ello automático, sin la menor intervención de la mano del hombre.

Llegaron a uno de los niveles más altos. Trafford abrió la puerta de la cámara de mando.

Era enorme, con gigantescos paneles de control, en donde las luces de los indicadores seguían encendiéndose y apagándose rítmicamente. Pero los asientos de los tripulantes estaban vacíos.

Los enormes ventanales de la proa permitían ver un gran segmento de la Tierra. Por estribor se divisaba la delgada raja de la luna en

menguante.

El asiento del capitán, dominante sobre todos los demás, estaba vacío. Durante unos segundos, Trafford contempló el pupitre desde el cual Zane Wallfox dirigía las operaciones de su nave.

—Vamos —dijo de pronto.

La cámara del capitán estaba a muy poca distancia, a fin de poder acudir rápidamente al puente de mando. Trafford abrid la puerta.

Era una estancia decorada sobriamente, pero con cierto lujo y bastante amplitud. Lo primero que hizo Trafford fue dirigirse a la mesa de trabajo de Wallfox.

Allí, sobre la mesa, había un maletín de metal, cerrado con llave.

—Tenemos que abrirlo, Binnie —dijo.

—Eso es fácil, Monte.

Chasquearon los cierres. Trafford alzó la tapa blindada.

—Aquí está —exclamó, satisfecho.

El diario de a bordo parecía intacto. Trafford lo abrió y empezó a examinar fechas.

Al cabo de irnos minutos, encontró la anotación que buscaba:

> «*He estado en el Arroyo Rojo. El espectáculo es increíble. Si la noticia se divulgase, se produciría una estampida. A mí mismo me cuesta creerlo…, y eso que todavía los tengo en la mano. Basta recogerlos…, como en los cuentos orientales, sólo que aquí es la más auténtica realidad. Son como nueces, como huevos de gallina, de todas clases… Algunos, incluso, tienen el tamaño de mi puño… ¡Qué noticia, qué noticia!*»

—Monte, ¿por qué hizo Wallfox una anotación tan comprometedora? —preguntó la chica.

—Aguarda un momento —pidió él.

Y continuó leyendo:

> «*He llenado dos cajas y las he escondido en la sexta bodega, en mi departamento privado. Nancy se alegrará mucho cuando lo sepa. Le enviaré un mensaje para que esté preparada cuando toquemos tierra…*»

—Esto empieza a tomar otro aspecto —dijo Trafford—. Wallfox confiaba mucho en su esposa, pero era una confianza infundada.

—Ella le engañaba… ¿Con quién?

—Sólo hay una respuesta: Spade.

—¿Y Bates? ¿Cómo se enteró?

—Tal vez Wallfox no fue el único en ir al *Arroyo Rojo*. Pero ahora creo que nos conviene investigar en la bodega número seis. ¿Vamos?

La sexta bodega se hallaba casi en el extremo opuesto de la nave, a veinte cubiertas más abajo. El viaje les costó un cuarto de hora largo.

Trafford se detuvo ante la puerta. A derecha e izquierda del largo pasillo que concluía en aquella puerta, sólo había unos mamparos absolutamente lisos, sin la menor señal de ventanas o lucernas.

—Aquí me parece…

Trafford frunció el ceño. Buceaba en su memoria, tratando de recordar los planos de la «Retriever».

De pronto, se volvió hacia la joven.

—Binnie, estos mamparos no tendrían que estar aquí —dijo.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

Trafford se acercó a la pared de metal y tanteó con los nudillos. De repente, alargó las manos y asió dos puñados de lo que parecía metal y que no era otra cosa que una sustancia de apariencia rígida, pero en realidad muy blanda.

Tiró hacia atrás con fuerza. Binnie oyó ruido de tela rasgada.

El mamparo se deshizo en una especie de lluvia grisácea. Cientos de personas, de ambos sexos, en pie y con los ojos cerrados, aparecieron instantáneamente a la vista.

—¡Ahí está la tripulación!

Binnie se sentía estupefacta. Ni ella misma hubiera sido capaz de adivinar lo que había al otro lado.

Los tripulantes estaban en una hilera, pegados literalmente los unos a los otros, codo con codo y los ojos cerrados, aparentemente muertos, pero con un aspecto relativamente normal, a excepción de la intensa palidez de sus rostros. Trafford se acercó a uno de ellos y palpó su brazo.

La carne aparecía elástica, con un tacto enteramente natural. Cedía a la presión, pero recobraba su aspecto inmediatamente. La epidermis estaba fría, pero Trafford comprobó una leve tibieza. Aquella temperatura exterior era muy distinta de la frialdad cadavérica,

—Viven —dijo—. De algún modo, están en suspensión animada, una especie de hibernación provocada por un agente cuyas causas desconocemos.

—El monstruo, tal vez apuntó Binnie.

Trafford giró bruscamente y se acercó al otro mamparo. Momentos después, ponía a la vista otros dos centenares de tripulantes.

Recorrió las hileras, examinando atentamente los rostros. Al fin llegó a una conclusión:

—Ninguno de ellos es Wallfox.

—¿Dónde puede estar? —murmuró la chica.

—Sigamos, Binnie.

Trafford abrió la puerta de la sexta bodega. Le asombró verla enteramente vacía, a excepción de dos cajas de regulares dimensiones, poco mayores que maletas, situadas en uno de los lados.

Las cajas eran de metal. Trafford levantó la tapa de una de ellas. Binnie exhaló un pequeño grito al contemplar aquel fascinante espectáculo

* * *

Arrodillado junto a la caja, Trafford tomó con ambas manos un puñado de aquellos vidrios de colores, que despedían un vivísimo centelleo. Algunas de las piedras eran como el puño.

—De modo que esto es lo que encontraron en el *Arroyo Rojo* —murmuró pensativamente.

—Pero ¿por qué lo anotó en el cuaderno de bitácora? —exclamó Binnie—. Si Wallfox quería para sí este colosal tesoro, lo lógico hubiera sido ocultar su descubrimiento.

—El hecho de que efectuase esa anotación en el diario de a bordo no significaba que se hiciera pública. Recuerda que en el extracto que anticipó por radio, faltaban dos de las varias semanas que pasaron en Shallius. Tal vez más adelante le hubiese convenido mostrar completo el cuaderno de bitácora… pero también cabe que hubiese enviado un mensaje separado, debidamente cifrado, comunicando su sensacional descubrimiento.

—¿A quién, Monte?

—Naturalmente, a su esposa, pero él ignoraba que ahora Nancy había sustituido a su propia hermana en el «afecto», por decirlo de alguna manera, de Spade. Probablemente, entre los dos no había más que atracción física, pero, cuando llegó la hora de la riqueza, Nancy debió decidir que Spade ya no le servía para nada.

—¿Y Bates?

—Bates es un tipo que ha estado siempre bien informado, capaz de colocar un micrófono en tu ombligo, sin que te des cuenta siquiera. Preparó la trampa de la bomba para mí, pero fue Nancy la que se convirtió en polvo, junto con sus secuaces.

—Sin embargo, parece que Spade y Helena…

Trafford suspiro.

—En este mundo, nadie se puede fiar de nadie —dijo—. Bien, por ahora, tenemos «casi» resuelto el enigma.

—¿Casi? —repitió ella.

—Faltan el capitán Wallfox y tres investigadores. Ese es otro misterio que hemos de resolver.

—Y el monstruo.

—Sí, el monstruo.

Trafford tenía en la mano un diamante del tamaño de un huevo de gallina y lo hizo saltar en la palma de la mano. De pronto, el diamante cayó al suelo.

—Lo vas a hacer pedazos —exclamó Binnie, alarmada.

Pero ante la estupefacción de los dos, el diamante rebotó como una pelota. Después de varios saltos, volvió a la caja, como si fuese un ser lleno de vida.

Trafford dio un respingo. Tras unos segundos de vacilación, cogió una esmeralda, gruesa como su puño, y la lanzó a un par de metros de altura y a cinco o seis pasos de distancia.

La esmeralda cayó y rebotó, pero en lugar de continuar saltando hacia adelante, botó hacia atrás, para volver nuevamente a la caja.

El joven se sentía desconcertado. De pronto, volvió la cabeza.

Binnie tenía ambas manos sobre el casco. Sus ojos estaban cerrados, como si se hubiese concentrado en sí misma.

—Monte —dijo a media voz.

—¿Binnie?

—Esas gemas…, son seres vivientes…

Trafford dio un salto.

—Por favor…

—Son seres vivos, terriblemente hostiles. ¡Tenemos que deshacernos de ellos!

Trafford captó una nota de intenso dramatismo en la voz de la muchacha. Binnie había adivinado algo que no podía ser puesto en duda.

De pronto, concibió una idea.

—Si eso que dices es cierto, tengo los medios suficientes para destruirlos radicalmente —aseguró.

Antes de hacer nada, levantó la tapa de la segunda caja. Estaba igualmente llena de supuestas piedras preciosas. Hizo un par de pruebas más, con idéntico resultado, pensando en que los habitantes de Shallius habían encontrado un cómodo medio de transporte hasta la Tierra. Pero ¿con qué objeto?

—Binnie, ¿es que ellos también son polimórficos? —preguntó.

—Sí, aunque no comprendo por qué continúan con su misma apariencia. A estas horas, ya saben que los estamos viendo y que los hemos descubierto. Pero no entiendo por qué no nos atacan.

—Antes has dicho que somos invisibles y que no pueden ni oírnos.

—Pero nos perciben, por una especie de sexto sentido, que es una suma de todos los demás. Hemos podido engañar al monstruo…

—Pero no me engañarán a mí.

Trafford se puso rígido. Aquella voz que acababa de sonar a sus espaldas…

—Apostaría algo a que usted es el capitán Wallfox —dijo.

—Ha acertado —contestó el aludido—. Es más: les estoy viendo y voy a matarles.

—Lo mismo que hizo con Pedro Álvarez y los otros dos investigadores —adivinó Trafford.

—Exactamente.

CAPÍTULO XII

Trafford se volvió lentamente. El capitán Wallfox estaba delante de ellos, a unos cuatro o cinco pasos de distancia, empuñando una pistola electrocutante con mano firme.

Wallfox vestía su indumentaria habitual, sin traje de vacío. No obstante, Trafford captó en sus ojos un brillo inhumano, algo que no era de este mundo, pensó.

—Binnie, creo que ya podemos hacemos visibles —dijo.

—Es igual —sonrió Wallfox—. Yo también tengo ahora unos poderes muy superiores a los de cualquier ser humano, incluida esa chica tan bonita que le acompaña, señor Trafford.

—Ah, conoce mi nombre.

—Sí, he estado informado todo el tiempo.

—Por Nancy, supongo.

—Desde luego.

—Nancy ha muerto.

Wallfox se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero hay más mujeres —contestó indiferentemente.

—De modo que todo el tiempo sabía que íbamos…

—En efecto —confirmó Wallfox—. Sin embargo, no pensé que usted pudiera venir acompañado por esa joven. Ella hizo que me confiase en los primeros momentos. Así pudieron llegar hasta la bodega.

—Bien, ya estamos aquí. ¿Qué va a suceder ahora?

—Tengo que eliminarles, no me queda otro remedio.

De pronto, Binnie alzó una mano.

—Con su permiso, capitán; el casco me molesta muchísimo —declaró—. ¿Puedo quitármelo?

—No hay inconveniente.

Binnie desconectó el micrófono que estaba unido al pequeño altoparlante situado en la pechera de su traje de vacío y que permitía entenderse con otras personas, aunque no llevasen transmisor de radio. Al quitarse el casco, agitó la cabeza, para sacudir un poco los cabellos.

—Así me siento mejor —sonrió.

Wallfox movió la mano izquierda.

—Deje el casco en el suelo —ordenó.

—¡Espere un momento, capitán! —pidió Trafford.

—¿Qué diablos pasa ahora? —contestó malhumoradamente el comandante de la astronave.

—Usted ha dicho antes que tiene poderes muy superiores a los de Binnie.

—Así es.

—En tal caso, supongo que es usted el que tomó el aspecto de ese monstruo tan horrible que nos recibió a la llegada.

—Claro. Ella me engañó muy bien, lo confieso. Pero cuando empecé a darme cuenta de que sucedían cosas raras a bordo de la nave, pensé que habían conseguido franquear mis barreras.

—Y nos encontró aquí.

—Vi abierto el diario de a bordo.

—De donde dedujo el resto. Capitán, ¿sabe el resto de la tripulación lo que ha ocurrido?

—No.

—¿Conocían la existencia de los diamantes?

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿cómo los trajo a bordo?

—Dije que eran muestras geológicas.

Trafford miró de soslayo al comandante de la nave. Por encima de sus hombros y a través de la puerta, divisó las largas hileras de tripulantes, rígidos, inmóviles, cadáveres vivientes…, que aguardaban una especie de resurrección, una reanimación de su estado normal.

Pero ¿qué harían una vez vueltos a la vida?

De pronto, creyó adivinarlo.

—Capitán…

—Dígame, Trafford.

—Usted no es Zane Wallfox.

—No me haga reír…

—Es Wallfox, pero no lo es. De usted sólo queda su cuerpo, su voz,

sus ademanes, tal vez su mente…, pero prisionera de la mente de otro ser…, prisionero en cuerpo y alma de un nativo de Shallius. ¿Me equivoco?

Wallfox se puso rígido.

—Siga, Trafford; le quedan ya segundos de vida —dijo.

—Esos diamantes, esas piedras preciosas, no son sino habitantes de Shallius, polimórficos, desde luego, pero incapaces por ahora de cambiar su forma actual. Cuando vieron su nave en la superficie de su planeta, algunos decidieron apoderarse de ella. Pero ¿qué podría atraer a un terrestre? ¿Flores, animales exóticos?

»Las flores se agostan y los animales exóticos necesitan cuidados, aparte de ocupar bastante espacio. En cambio, las piedras preciosas han atraído desde siempre la codicia de los terrestres. No ocupan demasiado sitio y son fáciles de transportar. Resultado, usted fue al *Arroyo Rojo* y vio que en su lecho, en lugar de guijarros, había piedras preciosas de todas clases. En aquel momento, alguien se infiltró ya en su mente y se apoderó de usted. A partir de entonces, Wallfox, ya no actuaba por sí mismo, sino bajo el influjo de un habitante de aquel planeta. Como capitán de la nave, podía hacer muchas cosas que a otros les estaban vedadas. Por tanto, le resultó facilísimo traer a la nave las dos cajas repletas de piedras preciosas…, si saber que lo que realmente transportaba era la vanguardia de una fuerza de invasión de nuestro planeta.

»Pero ¿qué les pasa a los nativos de Shallius fuera de su mundo? Yo diría que pierden gran parte de su potencia mental y que necesitan un período muy largo de adaptación a otras formas, sobre todo, si piensan utilizarlas de una forma permanente. Esto explica la inmovilidad de los tripulantes de la nave…, porque cada uno de ellos es prisionero de un shallionita, que se está adaptando a su personalidad, hasta que llegue el momento de moverse como un terrestre cualquiera. Alguien, por supuesto, tenía que continuar vigilando el perfecto funcionamiento de la maquinaria de la «Retriever» y nadie más indicado para ello que su capitán.

»¿Sabe?, una de las anotaciones del diario de a bordo, habla de una grave enfermedad que sufrió usted poco después de zarpar de Shallius. Permaneció una docena de días, poco menos que en coma, con una fiebre altísima, sin que los médicos de a bordo pudieran encontrar las causas de esa enfermedad. Casi de repente, se curó…, y ello significa que el shallionita necesitaba penetrar en usted con gran rapidez. Por

eso, los demás, están dejando pasar el tiempo suficiente, para no correr el riesgo de que su “prisionero" muera. No todos podrían soportar la enfermedad, ¿comprende?

—Me maravilla su inteligencia, Trafford —dijo Wallfox—. Lo ha adivinado todo, aunque no lo repetirá.

La mano de Wallfox se alzó. Súbitamente, la antena del casco que Binnie aún tenía en las manos, emitió un zigzagueante dardo de luz, que fue a chocar contra la pistola del capitán.

Wallfox lanzó un chillido y cayó de espaldas, derribado por la potente descarga. Trafford saltó sobre él y le quitó la pistola.

—Está desvanecido —dijo—. Aprisa, Binnie.

Trafford cargó con una de las cajas y corrió hacia el fondo de la bodega. Tocó un resorte. Una compuerta se abrió en dos mitades, en el suelo, dejando ver un negro hueco de unos dos centímetros de diámetro.

A tres metros del suelo se veía una enorme rueda de paletas, con los bordes tan afilados como una cuchilla de afeitar. Trafford apretó otro botón y la rueda empezó a girar, con creciente velocidad, hasta convertirse en un disco de metal muy brillante.

—¿Qué es eso, Monte? —preguntó Binnie.

—Un triturador de desperdicios. Vamos, arroja pronto esas piedras preciosas.

Ella vaciló.

—Son seres vivos…

Trafford se volvió hacia la joven.

—No hay elección posible. Ellos o nosotros. Tú lo dijiste antes, recuérdalo.

Todo el contenido de su caja fue a parar al hueco. Binnie le imitó, dándose cuenta de que en realidad estaban librando una terrible batalla por su supervivencia.

Casi inmediatamente, se oyó un penetrante gemido. Cientos de voces se lamentaban con oscuros chillidos, mientras las paletas efectuaban su labor destructora. De súbito, se oyó un terrible alarido.

Trafford y la chica se volvieron. Con los ojos fuera de las órbitas, Wallfox corría hacia ellos, gritando demencialmente. El ser que había sido comandante de la astronave, ofrecía un aspecto horroroso.

Enloquecido, Wallfox se arrojó contra el joven. Trafford se ladeó.

Entonces, Wallfox se precipitó en el hueco. Binnie se tapó los oídos para no captar el horripilante sonido de un cuerpo humano que era

reducido a fragmentos tan diminutos como motitas de polvo.

Trafford cerró la compuerta. A los pocos segundos, dado que ya no había nada que triturar, la máquina se paró por sí misma.

Entonces, una compuerta externa se abrió automáticamente y todos los residuos fueron arrojados al espacio.

Trafford pensó en tres hombres buenos que habían perecido en aquel mismo lugar. No era venganza lo que había hecho, sino evitar a la Tierra una hecatombe.

Porque, inexorablemente, los shallionitas se habrían multiplicado, aprovechando los cuerpos de que se habían apoderado, y un día se habrían hecho los dueños del planeta.

De pronto, oyó una voz:

—¡Atiza! Pero ¿qué hago yo aquí?

Trafford cambió una mirada con la chica.

—Ya empiezan a despertar, ya no son prisioneros de los habitantes de Shallius —dijo—. Binnie, lo mejor sería que nos marchásemos sin ser vistos. En alguna parte habrá un oficial capacitado para mandar la nave.

—Sí, tienes razón. ¡Vámonos!

* * *

Spade y Helena estaban en el astropuerto. Trafford los vio y se dirigió rectamente a ellos.

—Es inútil que subáis. La gente del «Retriever» ya ha despertado.

El asombro de la pareja fue enorme. Trafford enseñó algo que tenía en la mano izquierda.

—He grabado cuanto sucedió a bordo —dijo—. Al Gobierno le interesará saber la verdad. Por cierto, no hay diamantes. Jamás los hubo.

—Eso es mentira… —empezó a protestar Helena.

Trafford hizo un ademán.

—Puedes subir, si gustas. A ti no te importaban tanto los cinco millones de recompensa, como los diamantes que sabías estaban en la nave. Lamento decepcionarte, pero todo fue una ilusión de Wallfox. En el diario de a bordo se aclara todo suficientemente…, aparte de lo que contiene esta cinta grabada.

—Monte, te guardo una sorpresa —dijo Spade rencorosamente.

—¿Alguna bomba en el aeromóvil? ¿Veneno en el café? —Trafford rio burlonamente—. Binnie, ¿no tienes nada que decir a esta pareja?

—A ella le apesta el aliento.

Helena se volvió hacia Spade.

—¡Grat, no le hagas caso…!

Spade se tapó la nariz.

—¡Rayos, qué hedor!

Trafford contuvo una sonrisa. Binnie agregó:

—En cuanto a él, tiene el estómago corroído por un cáncer. Si no se interna pronto, acabará en pocos días.

Spade, aterrado, huyó a la carrera. Helena parecía a punto de desfallecer.

—Quítame la halitosis…, y te pagaré lo que me pidas, Binnie —suplicó, a punto de desmayarse.

—Con una condición: no vuelvas a molestarnos —dijo la chica.

—Te lo prometo…

Helena se marchó. Trafford meneó la cabeza.

—Espero que le sirva de lección —dijo—. Binnie, tú tenías razón: no era de fiar. Pero ¿es cierto lo del cáncer de Spade?

—No, tonto —rio la muchacha—. Sin embargo, pasará unos días malísimos, hasta que descubran que tiene un estómago de avestruz. Pero si vuelve a molestarnos…

—En tal caso, yo me ocuparía de darle una lección, a estilo terrestre, por supuesto. De todas formas, sospecho que tú me inspiraste buena parte de lo que le dije a Wallfox.

—Así es —admitió Binnie—. Hace muchos años, también sufrimos en Bnatón un intento de invasión por parte de los shallionitas. Nuestros agentes nos informaron que un grupo de ellos habían conseguido abandonar su planeta.

—Y te enviaron a ti…

—Oh, no, yo vine simplemente de turista. Lo que sucede es que me encontré con todo el jaleo y decidí ayudarte.

Rochester y Franwoo aparecieron en aquel momento.

—Volvemos a Bnatón —dijo el primero.

—Ya hemos terminado aquí nuestra tarea —añadió Franwoo.

—La cual, supongo, consistía en recobrar el antidetector —dijo Trafford.

—Exactamente. Binnie se queda aquí, me parece —sonrió Rochester maliciosamente.

—Sí, me quedo.

—Es un buen planeta. Felicidades.

Los dos bnatonianos se marcharon. Trafford agarró a la chica por un brazo.

—Te amoldarás pronto a nuestras costumbres, ya lo verás.

—Oh, no es difícil, Monte.

—Pero no quiero que utilices más tus facultades polimórficas.

—Te lo prometo.

—Y que no se lo enseñes a los niños.

—¿Qué niños?

—Los que tendremos, en cuanto nos hayamos casado.

—Oh, comprendo. Pero tú te portarás bien y no revolotearás alrededor de otras chicas.

—Eso se ha acabado ya.

—Y buscarás trabajo.

—Lo buscaré. De todos modos, algo me darán por la tarea.

—Eso espero, porque ahora ya no puedo fabricar billetes de Banco.

Trafford se echó a reír.

—No lo hagas, cariño —dijo. De pronto, se detuvo y la abrazó—. Ya tengo ganas de besar a una bnatoniana —añadió.

La pareja se había parado junto a un helitaxi, cuyo piloto estaba junto a la portezuela abierta. El hombre sonrió, comprensivo.

De pronto, Binnie movió la mano. El piloto dejó de ver a la pareja que se besaba, porque se lo impedía una espesa cortina suspendida de una barra que flotaba en el aire.

Trafford suspiró.

—Binnie, no tienes remedio…

—Compréndelo, la ocasión lo requería —dijo ella maliciosamente—. Si hubiésemos estado solos…

—Pronto estaremos solos —afirmó Trafford.

FIN